

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

1º DE FEBRERO DE 1894

Nº 51

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE O NO

SUMARIO

TEXTO.—Dos genios, por el Dr. Luis M. Castillo.—Don Nicomedes Zuloaga, por Eduardo Espelostín.—Eléctron, por el Dr. R. del Valle.—Lo maravilloso, por el Dr. R. Villavicencio.—Seguidillas, por Domingo Garbán.—Lied, poesía de Ismael Henrique Arce.—Una venganza póstuma, por D. Diego Jugo Ramírez.—Guacacipuro, poesía de Henrique Álvarez Ibarra.—Madrileñas, por Miguel Eduardo Pardo.—Que le empreste. . . . por N. Bolet

Peraza.—Actualidades, por E. Méndez y Mendoza.—NUESTROS GRABADOS.—Nota y Reglamento sobre la Exposición de Bellas Artes que tendrá lugar en Barcelona (España).—El millón del tío Raclot, por Emilio Richebourg.—Anuncios: GRABADOS.—Alegoría del Carnaval en Caracas, dibujo de Romeu.—Dr. Fernando de la Ville, de fotografía.—Don Nicomedes Zuloaga.—Edificio de Venezuela en la Exposición de Chicago,

de fotografía.—Proyecto de edificio para exposición permanente, de fotografía.—Alumnos del Colegio Libertador en horas de asueto, de fotografía.—En el álbum de las Britas, craso, estudio de M. V. Ruiz.—Templo de la Candelaria, de fotografía.—Vistas del interior de la Biblioteca Nacional, de fotografía.—Las estrellas de la tauromaquia.—Tipos populares de Caracas: El Mocho de los Teatros, de fotografía.



ALEGORÍA DEL CARNAVAL EN CARACAS. — Dibujo de Romeu

"DOS GENIOS"

PARALELO

Leído en la inauguración del Colegio del Libertador (Barquisimeto) y dedicado al director de ese Instituto F. Jiménez Arraiz y á sus alumnos.

Colón y Bolívar son dos entes maravillosos, constanciales, que se asimilan, se complementan, se confunden para formar un solo sér: son dos soles que se aúnan para ocupar el mismo centro en el sistema de los portentos. Entrambos llenan la inmensidad de la historia, agotan la admiración de las gentes, y su gloria apenas cabe en lo infinito de los tiempos. A ellos dos puede aplicarse lo que Pope, el Horacio británico, dijo de los antiguos ingenios: *son herederos inmortales de los aplausos del universo*.

Colón es la paloma del diluvio que descubre tierra en medio de las aguas y torna al arca de Noé llevando en su pico la rama de olivo. Bolívar es el águila caudal que arriba entre laureles y se remonta al cielo llevando en sus garras las rotas cadenas de la opresión.

Colón es claridad que alumbra las profundidades del abismo, las tinieblas de lo desconocido. Bolívar es el fuego del cielo, el rayo que brilla en la tempestad y derrumba con estrépito el árbol secular.

Sólo en el corazón de una mujer pudo caber el grandioso pensamiento de Colón: sólo la patria, que es madre, pudo inspirar la obra gigantesca de Bolívar. Una reina, Isabel la Católica, tan grande como España, enagena sus joyas para equipar las naves expedicionarias del nauta genovés, aquel loco divino que va al Oriente por Occidente y sueña descubrir un mundo y se arroja á la mar tenebrosa portando su fe en la carabela de su esperanza. La libertad, reina de las naciones; la libertad, numen tutelar, inspira y favorece á Bolívar, el ángel, el profeta y héroe de Sud-América, á Bolívar el grande, que se lanza en las carabelas de su inteligencia, de su heroísmo y de su constancia á un mar de fuego, para emancipar pueblos de ese mismo mundo de Colón.

Colón es el revelador, el descubridor de América: Bolívar, el Libertador de cinco Repúblicas. La obra de Colón es un mundo nuevo: la obra de Bolívar es la independencia de la mitad de ese mundo. El sueño de Colón fué América: el sueño de Bolívar fué la antigua Colombia.

Allá va el audaz marino sobre las olas del Océano: lleva en su mano el estandarte de Castilla, que acaba de vencer en Granada: por auras las suaves oraciones del Prior de la Rábida: por bandera la cruz de Cristo; por brújula su propio genio: por estrella polar la fe de su alma. ¿A dónde va?

"Marcha á borrar los límites del mundo."

Busca la tierra que palpó su pensamiento, busca su Atlántida, su bellocino de oro, la realidad de su ideal; y la América, más hermosa que Anacaona, sale á recibirle llena de galas, en nave de coral y de esmeralda, reclinada lindamente sobre lecho de flores, y enamorada se declara cautiva del más grande de los hombres, del mayor de los Almirantes. Allá va Bolívar, el héroe legendario que soñó en Casacoima y deliró en el Chimborazo: cae sobre las huestes enemigas, como se precipita el Tequendama, lanza sus fogosos corceles al combate: allá van los que no saben sino luchar y vencer, la victoria, enamorada del héroe, sale á su encuentro y le otorga sus divinos favores, y la da por trofeo la libertad, tan bella como América, tan ardiente como la zona tórrida.

Colón completa el globo terráqueo, añadiendo verdades á la Cosmografía. Bolívar independiza pueblos, dando triunfos á la democracia. El uno amplía el orbe: el otro amplía el Derecho. El uno es un sabio providencial: el otro, un divino ada-

lid; y no obstante los siglos que median entre ambos, uno y otro se estrechan y se unen en una misma gloria, en una misma apoteosis. La América de Colón es la Colombia de Bolívar. El mundo descubierto para la Libertad es lo mismo que la Libertad de ese mundo. La obra es idéntica, igual la gloria, común la inmortalidad.

Para la ignorancia orgullosa Colón era un miserable enagenado que mendigaba, como Homero, de puerta en puerta, una limosna para descubrir un mundo desconocido. Para la tímida desconfianza Bolívar era un loco que deliraba con una independencia imposible, é inerte desafiaba las iras de un monarca poderoso. Y ese mundo fué descubierto, y ese mundo fué libre. Vence Colón á los sabios de Salamanca: triunfa Bolívar sobre los vencedores en Bullén; pero siempre será honra de España el descubrimiento de América, como gloria de América su independencia de España.

Colón y Bolívar vencen dificultades, desdeñan peligros, contagian con su denuedo, vigorizan con su fe los ánimos decaídos, conjuran tormentas,

marca español coronado de oro y armado de cañones se rinde ante Bolívar.

Las armas de la familia de Colón eran tres palomas de plata sobre campo azul, y tenían por divisa estas tres voces en latín: "Fe, Esperanza, Caridad." Los blasones de Bolívar son las tres ideas constitutivas de la República: "Libertad, Igualdad, Fraternidad."

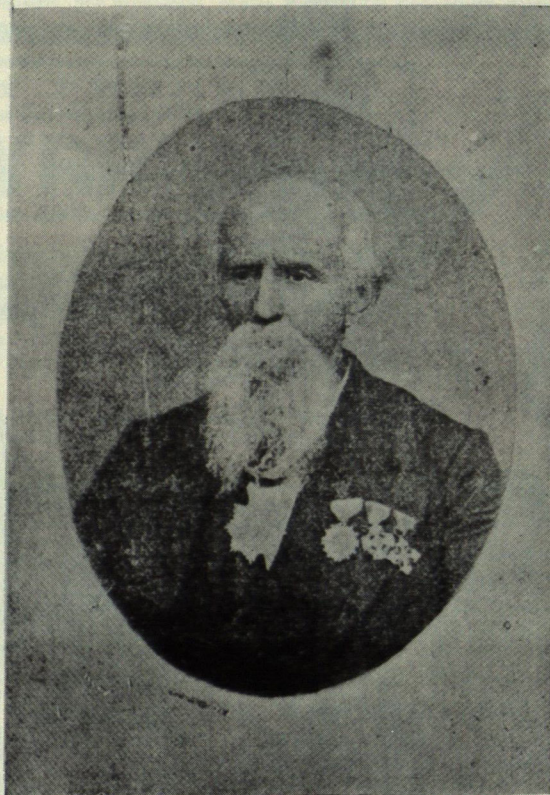
Colón (*Cristophores Columbus*) es la paloma mensajera, que por cuatro veces viaja de uno á otro hemisferio, y descubre en sus expediciones islas que parecen continentes, ríos que parecen mares, y bosques y frutos y cuadrúpedos y pájaros y metales preciosos que antes no se conocían: Colón exten lió los reinos de la naturaleza. Bolívar es el conlor de Los Andes, que vuela desde el Avila hasta el Potosí, Arequipa y el Nevado de Sorata, desde el Guaire hasta el Rimac, desde el Esequivo hasta el Marañón, llevando en su pico la bandera tricolor, en sus ojos el fuego de los combates y sobre sus alas el laurel de la victoria: Bolívar extendió los reinos de la libertad.

Si la América no hubiera existido, dice Castellar, Dios la habría creado para premiar la fe de Colón; y si la naturaleza se hubiera opuesto á la independencia de la Patria, exclamó Bolívar, él habría vencido á la misma naturaleza.

La envidia, la traición y la ingratitud amargaron la existencia de Colón: un envidioso cruel, el Comendador Francisco de Bobadilla, puso grillos en sus pies: unos ingratos aventureros, no pudiendo ser rivales, fueron calumniadores de aquel genio, que, procesado por la iniquidad, ha sido absuelto por la justicia del universo, la conciencia pública y la verdad de la historia. Maldad de aquellos hombres! Error de aquellos tiempos! Lo dijo con razón Quintana: "Crimen fué de los tiempos, no de España." Pero es sobremanera indisciplinable que hoy, cuando el mundo festeja el cuarto centenario de la América y la gloria inmortal de Colón, salga una voz elocuente, pero temeraria, condenando al Revelador de América por justificar la intame acción de Bobadilla: el muera Jesús y sálvese Barrabás es la mayor de las injusticias, la peor de las crueldades. Lástima da que una celebridad española, un notable polígrafo, don Luis Vidart, trató en el Ateneo de Madrid de revivir los odios del Arcediano Juan de Fonseca, de desenterrar los folios de un expediente de calumnia, y sin pruebas de ningún género denigre la memoria bendecida de aquel á quien la historia llama grande y la Iglesia católica trata de colocar en el catálogo de sus santos. Lo propio aconteció á Bolívar: salvado del puñal del asesino por el delito de su grandeza, no se salvó de la infame detracción: muchos de los mismos favorecidos injuriaron su gloria,

mancillaron su honra, maldijeron su nombre y le hicieron morir apesadado en un rincón de la tierra redimida. Maldad de aquellos hombres! Error de aquellos tiempos! No ha mucho que un escritor de Sur América, el autor de la novela Silvia, don Pedro Lamas, pretendiendo imitar á Erostrato, quiso quemar el templo de adoración que América consagró á Bolívar, trató de amenguar la gloria incuestionable de nuestro Libertador; y el mundo enojado y resentido protestó contra el escritor irreverente, como Madrid y el mundo entero protestan contra las injustas apreciaciones de Vidart. Un español y un americano no pueden, no deben acriminar ni á Colón ni á Bolívar. Las glorias de la España son americanas: las glorias de la América son españolas.

Ambos genios, Colón y Bolívar, iguales en su misión providencial, idénticos en los peligros y contradicciones, semejantes en sus empresas y en sus triunfos, tuvieron en sus últimos días su pasión y su martirio: el uno tuvo cadenas en sus pies: el otro, corona de espinas en su frente. No se les propinó la cicuta de Sócrates; pero sí se les dió á probar cáliz de hiel, hasta que ambos murieron en cruel abandono y en tristeza mortal. Campoamor canta:



DOCTOR FERNANDO DE LA VILLE

domeñan olas de tribulación, cruzan la mar y arriban victoriosos al puerto salvador. Colón, como Bolívar, no desmaya en su propósito, aviva más y más la luz de su fe que ilumina la oscuridad que le rodea, extiende horizontes á su mirada y ve lo invisible y toca con su mano lo que nadie alcanza. Bolívar, como Colón, al fiar de su genio hace surgir el todo de la nada, nunca decae en su esperanza ni en su constancia, y siempre firme y audaz marcha sereno en pos de su ideal, que realiza entre derrotas y victorias con esfuerzo inaudito y éxito maravilloso. Colón es el Océano que levanta sus olas coronadas de espuma: Bolívar es la Cordillera de los Andes que levanta su cima coronada de volcanes.

Sobre las olas embravecidas camina Colón hacia la tierra: sobre llamas de fuego pasa Bolívar hacia la libertad. La *María*, la *Niña* y la *Pinta* del sublime argonauta son Carabobo, Junín y Ayacucho del héroe americano. Sobre la cubierta va el marino sonriendo á la tempestad: sobre el campo se destaca Bolívar sonriendo en el combate. El uno grita: *¡tierra!*: el otro grita: *¡victoria!* El uno descubre un mundo: el otro lo independiza. El indio con diadema de plumas y armado de flechas se postra ante Colón: el mo-

"Los que insultaron su dolor villanos,
villanos piden su perdón gimiendo."

Qué suerte la de los grandes ingenios! El mérito sobresaliente no inspira emulación sino desprecio: el talento que brilla es desdeñado por los topos del pensamiento: la honradez es casi siempre sumariada por jueces incompetentes; y la virtud vestida de harapos, macilenta, con los pies ensangrentados y los ojos llenos de polvo y lágrimas, al extender la mano pordiosera sólo recoge abrojos, y al proferir palabra de súplica le imponen silencio los lacayos del vicio. La bella inspiración del poeta es ridiculizada por los que no saben estimarla y mucho menos sentirla: el artista que se eleva en alas de la fantasía sobre la generalidad del vulgo no es comprendido porque habla en lenguaje divino, ni es apreciado porque el talento no es mercancía que se compra con oro; y el maestro de escuela, misionero de luz, humilde civilizador de la infancia, apenas cuenta con la limosna de su salario para vivir, y acaso con una breve necrología cuando fallezca.

Mas no es extraño que tales cosas sean en el mundo cuando hemos leído en la historia, que el sabio ha sido envenenado, que el justo ha sido proscrito, que los amantes de la libertad han sido encarcelados y guillotizados, que bárbaros conquistadores han arrasado campos y esclavizado pueblos, que magistrados infieles han despedazado el libro de las leyes, robado los tesoros públicos, torturado las conciencias, destruido las libertades, y puesto en venta la justicia sobre los mostradores del tribunal. Pero esa misma historia nos refiere, que los sabios, como Colón, y los heroes, como Bolívar, han descubierto y libertado mundos: que los esclavos valerosos rompen sus cadenas sobre la frente de sus opresores y entonan con palmas en las manos los himnos de su derecho: que la civilización tiende á arrebatarse sus coronas á los reyes para colocarlas en las sienes del pueblo: que las sociedades se salvan y prosperan con la virtud y las letras; y que de tiempo en tiempo vienen al mundo seres privilegiados, poderosos ingenios, que marcan rumbo á la humanidad hacia su bien y engrandecimiento.

Colón regala al mundo otro mundo, y Bolívar hace de colonias, naciones independientes, y de esclavos, ciudadanos libres. Colón abre camino á una región ignota, que el español conquista: Bolívar enciende el fuego de la libertad en el corazón de los esclavos, que vencen al conquistador y recuperan sus derechos.

Colón llenó su alma de útiles conocimientos en la Universidad de Pavía: lo mismo hizo Bolívar en la de Caracas. Uno y otro peregrinaron en pos de la luz y bebieron en las cristalinas fuentes del saber.

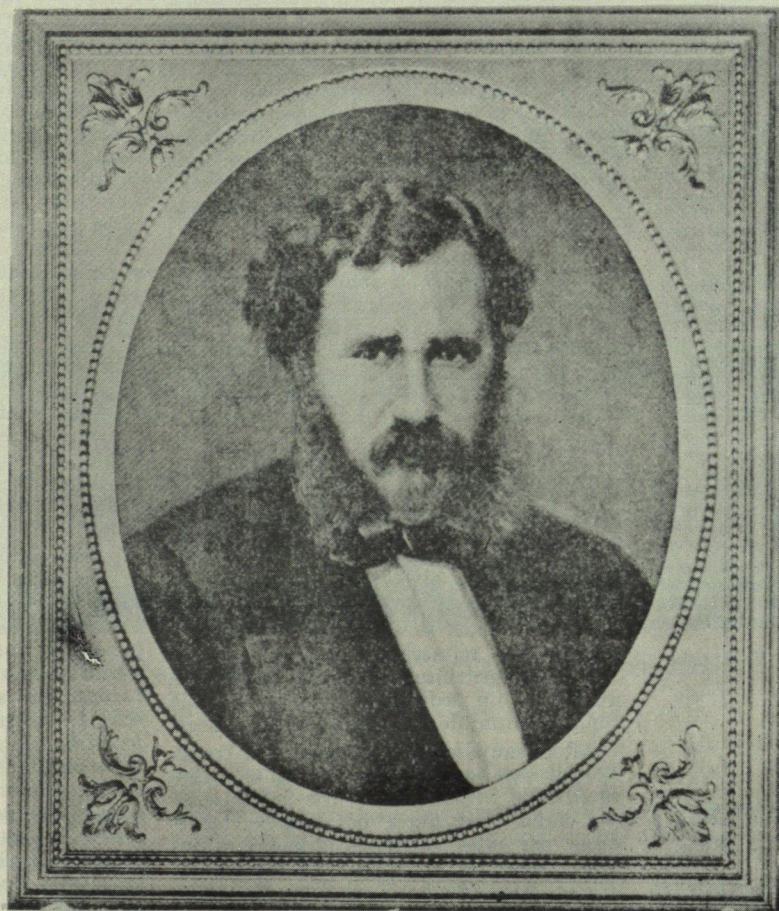
Igual destino, igual gloria en ambos genios. Si la memoria de Colón, como la de Bolívar, ha sido ofendida, es porque siempre lo ruin y lo pequeño han tratado en vano de derrumbar lo grande, como si las alas del insecto pudieran apagar la luz del sol. Ante la majestad del genio ha de postrarse la infucua de la tracción, huir la asquerosa envidia y callar los malsines insolentes que profieran blasfemias.

Colón y Bolívar son dioses de la América, son glorias del mundo: ellos fulguran en nuestro

cielo, como estrellas de primera magnitud: los resplandores de la una se confunden con los resplandores de la otra, giran en una misma órbita, y aparecen como un solo cuerpo luminoso en la hermosa constelación de los genios inmortales.

LUIS M. CASTILLO.

Barquisimeto: octubre 28 de 1892.



DON NICOMEDES ZULOAGA

NICOMEDES ZULOAGA

(NACIÓ EN 1818.—MURIÓ EN 1872)

"En el hogar de la familia Zuloaga, oriunda de Carabobo, al decir del ilustrado y caritativo doctor José Manuel de los Ríos, jamás penetró el vicio, ni se dejó oír el susurro de la maledicencia. Las sanas costumbres de la época, y de una severa educación se ostentaban en todos los miembros de esta familia; y más tarde se hicieron notables en las ciencias, Manuel María en las Médicas, y Nicomedes en las Matemáticas: ambos correspondieron á sus antecedentes y se hicieron dignos del aprecio general."

De esa esclarecida alcurnia, cuyo lustre y respetabilidad están cimentados en la fama pura, con que las sociedades premian á los que tienen por norma de la vida la virtud, descende el finado Coronel Nicomedes Zuloaga.

Ya para el año de 1842 este compatriota era notable cuanto puede serlo quien apenas comienza la vida: para entonces él se distinguía entre el selecto grupo de estudiantes que cursaban en la Academia de matemáticas las materias de la Ingeniería, y con tan justo título era uno de los jefes del disciplinado y apuesto cuerpo militar que ellos

formaban. Con tal carácter mereció el honor de tener el mando de esa brillante legión de nuestro ejército, que vino custodiando los restos del Libertador desde Santa Marta hasta esta capital; y luego que hubo terminado sus estudios coronados por el grado de Teniente de Ingenieros, llegó á ser Director de la Academia de matemáticas cargo que mientras existía, fué concedido, con excepciones muy contadas á ciudadanos verdaderamente notables por su saber y el amor al estudio.

Más tarde sus méritos y servicios en la revolución del año de 1858 le llevaron á los altos cargos de Comandante de armas y Gobernador de la antigua provincia de Caracas, comprobándose así, una vez más, que si no siempre, á las veces el verdadero mérito es el que elige los funcionarios públicos.

Breves y fugaces, como todos sabemos, fueron los días de paz que disfrutó Venezuela tras aquella ejemplar y pacífica evolución; y si bien se examinan los sucesos, échase de ver: que aquellos momentos de tranquilidad, no fueron en sí, sino el necesario reposo que se tomaba el país para emprender con mayores bríos y más tenaz empeño, la larga serie de revoluciones que nos han asendereado por tan largos y penosos años.

Creyeran los hombres de entonces, y Zuloaga entre ellos, que nuestros males políticos provenían únicamente de las instituciones (fatal engaño!); y en busca del remedio más eficaz, se dieron los prohombres de aquella cruzada á legislar en el sentido de restringir en lo posible las facultades de la autoridad dejando la mayor suma de libertad al ciudadano.

Atado por tal compromiso, entró Zuloaga á ser gobernante, á tiempo que surgía de nuevo la guerra civil, lo cual fué causa de que el principal objeto de su administración fuera el restablecimiento de la tranquilidad pública: tenía necesidad de combatir, antes que á los enemigos declarados del Gobierno, con las intrigas y obstáculos que le promovían, á cada momento, los partidarios de su misma causa.

Hay en los pueblos hispano-americanos, probablemente en virtud de ley de abolengo, una como irresistible tendencia á buscar la solución de las cuestiones políticas, en la inobservancia de la ley, en medidas extremas y arbitrarias; y nunca más que en los tiempos á que nos referimos se vió comprobado ese que pudiéramos llamar nuestro principal vicio en política.

Era Zuloaga hombre de carácter enérgico; decidido en sus resoluciones, á la vez que de inteligencia clara y ánimo reposado: con tales cualidades era imposible que conviniera en nada que no fuese aprobado por su conciencia; ni mucho menos en servir de instrumento ciego de las sugestiones de hombres apasionados y vehementes, que juntamente con él servían á aquella situación.

La Gobernación fué, pues, para él un período de prueba y sufrimiento, hasta de sacrificio, y en que puede muy bien decirse, sólo tuvo para confortarse el gran fondo de bondad que atesoraba en su ser y la rectitud de su conciencia. Para Zuloaga, el *dura lex sed lex*, era principio absoluto, que debía aplicarse tanto en el sentido de que el cumplimiento de la ley produjese el mal por su crueldad, como en el de que lo produjese por su lenidad.

Estéril fué para Zuloaga tal sacrificio por el bien de la patria, tanto como por el suyo en particular; mas no lo fué para su gloria, pues la acerba y violenta oposición que le hiciera Juan Vicente González, quien con la embriaguez tribunicia que le dominaba, á diario le sembraba el camino de su administración de crueles inactivas é injuriosos denuestos; y todo, porque Zuloaga, como gobernante, pretendió, como se lo imponían sus convicciones y su deber, gobernar con estricta sujeción á la ley.

Jamás se ha visto tan acre ni tan pertinaz oposición á un mandatario público; pero tampoco se ha visto, por parte de una autoridad, mayor respeto á la libertad de la prensa, ni mayor acatamiento á las garantías del periodista.

El *Heraldo* es glorioso monumento que hará perdurable la memoria de Zuloaga, mientras el mundo se estime como elemento primordial de la vida republicana, la absoluta libertad de la prensa!

Los inciertos rumbos de la política de aquella época, producían, á cada momento, revoluciones en el seno del mismo partido dominante; una de ellas puso fin á la gobernación de Zuloaga, junto con la presidencia del preclaro doctor Gual, con quien desapareció la legalidad de aquella situación, de cuyas ruinas surgió la dictadura: volvió entonces á la vida de ciudadano, retraído de los negocios públicos con las manos incontaminadas de peculado pero lleno de desencanto. La política no tenía ya para él las risueñas ilusiones con que arrulla al hombre en la edad florida, respecto de la patria, edad en que se siente aridez y capacidad de trabajar por el engrandecimiento y la felicidad de la tierra en que nacimos.

Retiróse Zuloaga á la vida privada: su hogar le llamaba á disfrutar de más puros y tranquilos gozos, que su bondad y su amor habían reconcentrado en la amada esposa y en sus queridos hijos. De allí, sólo de vez en cuando, tomaba parte en los Consejos de Guerra, tan frecuentes á la sazón, para defender con su voto y sus acertadas observaciones sobre las ordenanzas militares, la vida de algún infeliz juzgado por delitos, que había cometido por la fuerza mayor irresistible del extravío de las pasiones ó de una orden superior, perentoria y fatal.

Pobre de dineros, rico en buenos hijos, y todavía en el vigor de los años murió Zuloaga, sin el consuelo de ver terminada la guerra civil.

En ese largo período de efervescencia revolucionaria que agostó al país, se extinguieron sin brillo casi, ó por completo ignorados muchos ciudadanos notables, verdaderamente patriotas: su memoria está tan envuelta en el cúmulo de tristes y fugaces sucesos amontonados en aquel tiempo, que ni siquiera por la tradición conoce la actual generación los nombres de esos malogrados varones, que en medio de la algazara de las pasiones y el estruendo de la guerra, tuvieron fuerza y valor para anteponer el bienestar de la patria al interés de partido; y ya que en vida no tuvieron ni esperanzas de que se les hiciera justicia, preciso es rendírsela á su memoria, para que se vea cuan cierto es que al fin y á la postre la patria siempre recompensa á sus buenos servidores.

EDUARDO EZPELOSÍN.

Diciembre de 1893.

ELÉCTRON

Hay un alma dormida en el succino: si lo frotais, despertará radiante de calor y de vida.

PLINIO.

Era cuanto había podido descubrir en aquellos tiempos la humanidad, desposeída de los medios de investigación experimental de las presentes edades.

Un alma, la de Eléctron, dormía efectivamente en la resina fósil que en las orillas del Báltico encontraba la industria para engazarla en lujosos broche y prender con él, sobre el túrgido seno de la matrona romana, los ahuecados pliegues de la túnica.

Al frotar la seda las facetas amarillas y transparentes de la joya, el alma oculta en ella comenzaba á dar señales de existencia, cual si el estímulo de lo exterior la perturbaba, y saltando de la inercia á la inquietud, ora rechazaba, ora atraía los cuerpecillos leves que se le acercaban, ora también lanzaba de repente fugitivos centelleos y dejaba oír momentáneos crujidos, volviendo pronto á su silencio habitual y á su perpetuo quietismo.

Entretanto, bajo el profundo pabellón de la celeste bóveda, muy apartada del humano alcance, algún alma también reverberaba á veces enseñoreándose en las alturas y demostrando la magnitud de un inmenso poderío.

El flotante cendal de la nube procelosa hendíase de súbito en rápido y deslumbrador zic-zac acompañado de estallidos

pavorosos, de rugidos de fieras, de prolongadas detonaciones que hacían estremecer espacio y tierra.

La encina á cuya sombra se habían agrupado cien generaciones, trocábase en astillas que el huracán aventaba y el fuego consumía; el bloque gigantesco, diadema de granito de la montaña, rodaba desde la cima al valle como débil guijarro al latigazo de la honda.

El hombre amedrentado postrábase de hinojos temblando de pavor y sin la fuerza apenas para balbucir una plegaria que detuviese el dardo de la ira en la diestra del Dios de las venganzas, ó corría despa- vorido á sepultarse en un hueco á donde no pudieran penetrar las llamaradas fatídicas.

Después, como si lo violento del fragor hubiera satisfecho los enojos del espíritu indignado, trozos de cielo azul, como vidrios tras de los cuales existiese la serenidad y la bienaventuranza, iban apareciendo entre las nubes, orladas ya de matizadas fimbrias y desvaneciéndose en tenues gotas que bajaban hasta el suelo simulando lluvias de doradas é inquietas lentejuelas.

En las alturas también y sin duda esa misma alma, sonámbula entonces de las noches semestrales del polo, salía en son de fiesta ataviada en clámide fantástica.

Mientras el sol reserva sus ósculos de fuego para los exuberantes búcaros del trópico, silencio de tumba, petrificación de la vida, la bruma densa y la confusa sombra invaden las ateridas comarcas.

De improviso, en medio de la oscuridad, el aire se estremece á la palpitación de lo desconocido que se acerca: un fulgor crepuscular asciende en el horizonte revelando la maravilla de una ciudad de cristal en que un delicado artífice, la nieve, ha levantado torres, erigido monumentos, construido capitolios, y diseminado al azar arcadas y columnas en cada una de cuyas bruñidas facetas se estremece un reflejo ó penetra una refracción.

El agua petrificada bebe la luz con la aveloz de un sediento y se ampara á ella con la gratitud de un redimido de la sombra.

Altos, muy altos, prendidos del zenit, apoyados en horizontes sin términos, vanse sucediendo brillantes arco-iris entrelazados por cintas coruscantes, por blondas movezizas, por tules vaporosos plegados en cortinas, recogidos en pabellones y terminados en flecos de oro y en profusas borlas.

Globos de fuego aparecen y avanzan y crecen y estallan dividiéndose en sierpes fugitivas y temblorosas; cruzan por doquiera ráfagas encendidas, chispas volubles, remolinos de rayos silenciosos, danza de estrellas, llamaradas de incendios, cataratas de irradiaciones. Es la orgía viviente de la luz posesionada de la extensión desde el lontananza visible á las cumbres zenitales: es la aurora boreal en toda su indescriptible magnificencia; es el alma de Eléctron desposeída de horrores y mostrando al mundo el venero inagotable de sus refulgencias.

Al rayo en la tempestad, expresión de su fuerza, había sustituido las apacibles manifestaciones de su belleza.

Pero este festín, como aquella amenaza, tenían asiento fuera del radio de la acción humana y al terminar el espectáculo desaparecía con él el hada que lo había producido!

Siglo tras siglo la naturaleza incansable reproducía sus fenómenos invitando al hombre á contemplarlos y brindando con ellos atractivo á su curiosidad y promesas á sus necesidades.

¿Cómo desdefiarlos indefinidamente? ¿Cómo

mo prescindir de su enseñanza cuando un impulso nativo y poderoso induce á investigarlos?

Fué una hora memorable!

Un hilo metálico suspendido por una cometa se encaminó á los aires al trascurrir por ellos el girón de una nube amenazante y sombría. Era un emisario de paz: la mano cariñosa tendida á lo formidable por los atrevimientos de la inteligencia.

Como por puente estable y seguro la fuerza desconocida cabalgó sobre el hilo, abandonó, sin murmurar, la nube procelosa que prosiguió inerte su curso en el espacio, y bajó á la tierra estremeciendo en apretón convulsivo de intensas y recíprocas emociones la mano del sabio, en tanto que las briznas leves y las moléculas flotantes del contorno danzaban de júbilo, como en derredor del broche de succino, sobre el seno de la matrona romana, al crepitante roce de la seda.

La analogía era irrefutable.

El alma de Eléctron sacudida por el frenesí en las tempestades, coloreada por la voluptuosidad en las auroras, arrullada por la caricia en el ámbar succino, era la misma que por el estrecho cáuce del hilo se encaminaba generosa á aceptar un pacto y á firmar una alianza.

La indomable actividad, espíritu del universo, potencia suprema de lo existente, fabuloso Proteo que es á la par ignición y cataclismo, calor y movimiento, estabilidad y regularización del mundo físico dió el beso de paz á esa otra actividad superior que penetra más allá de lo tangible y se mece en las profundas regiones de lo abstracto.

¿A qué la separación de ambas? ¿A qué el antagonismo cuando podían complementarse?

Eléctron no luchó! Con la docilidad de un sometido voluntario, tomó carta de naturaleza entre los auxiliares del pensamiento.

Emulo de éste en la rapidez de su vuelo, préstase á transmitirlo de pueblo en pueblo, arrebatándolo en sus alas de fuego: tardía la onda del aire para la repercusión de los ecos, descuélgala de los humanos labios para repetirla vibrante y sonora adonde no hubiese podido jamás llegar sin su concurso: débil la lumbré que contrarresta las sombras de la noche, recordó sus luminarias olímpicas en las atmósferas sombrías del polo y brindó la diafanidad y tersura de sus ráfagas; lento y pesado el voltear de las máquinas almacenó en ellas sus potencias; indeciso el fuego que la industria concentraba en los hornos, ofreció sus chispas más poderosas que la ignición de cien volcanes y susceptibles de volatilar las moléculas metálicas agrupadas por la trabajosa cohesión de milares de siglos.

Frente á frente de la inteligencia investigadora, irguióse Eléctron para decirle: "millones de centurias ántes de que hubiera tomado forma la materia en que te albergas, mi espíritu vagaba tan activo y poderoso como al presente cooperando á la evolución secreta de las cosas: el destino nos acerca; tu has logrado entreabrir alguno de los siete sellos en que se oculta mi arcano: de tí depende el seguir profundizándolo: yo estoy en tu torno, en todo lo que te rodea, en la tierra que te sustenta y en el aire que respiras; acompaña tus movimientos, me infiltro en tu organismo, vivo tan cerca de tí que estrecho con íntimo abrazo hasta los más invisibles átomos que te constituyen: he sido hasta ahora parte integrante de tu ser material; seguiré siendo agente obligado de tus elucubraciones y de tus conquistas; el porvenir nos pertenece! ¡marchemos!

R. DEL VALLE.



EDIFICIO DE VENEZUELA EN LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

LO MARAVILLOSO

Aun cuando el hecho que vamos á relatar ocurrió hace cerca de doscientos años, está muy bien autenticado puesto que fué referido por el mismo Sir Charles Lee al obispo de Gloucester, y por éste á Mr. John Beaumont quien lo publicó poco después en un *post scriptum* á su muy conocida obra *An Historical, Physiological, and Theological Treatise of Spirits*, como sigue:

“Como he tenido demasiado tarde la honra de oír la narración de una aparición, referida por el señor obispo de Gloucester, y no puedo ya insertarla en su debido lugar en mi obra, la doy á manera de *post scriptum*.

Sir Charles Lee tuvo solamente una hija de su primera esposa que murió al darla á luz. Su hermana, Lady Everard, manifestó el deseo de que se le confiase la educación de la niña, quien fué por aquella muy bien educada hasta que llegó á la edad del matrimonio; y entonces se concertó una boda entre la niña y Sir William Perkins, boda que no se cumplió con motivo de un hecho extraordinario. Un jueves por la noche, la joven creyó ver una luz en su cuarto después de haberse acostado: llamó á su camarera que acudió con presteza. La niña le preguntó por qué había dejado una bugía encendida en el cuarto; mas la camarera manifestó que no había dejado ninguna, y que en aquel momento no había allí otra que la que ella trala en la mano. Entonces la joven dijo que sería sin duda el fuego; pero la camarera repuso que estaba casi apagado, y que ella creía que aquello era solamente un sueño, en lo que convino la joven disponiéndose de nuevo para dor-

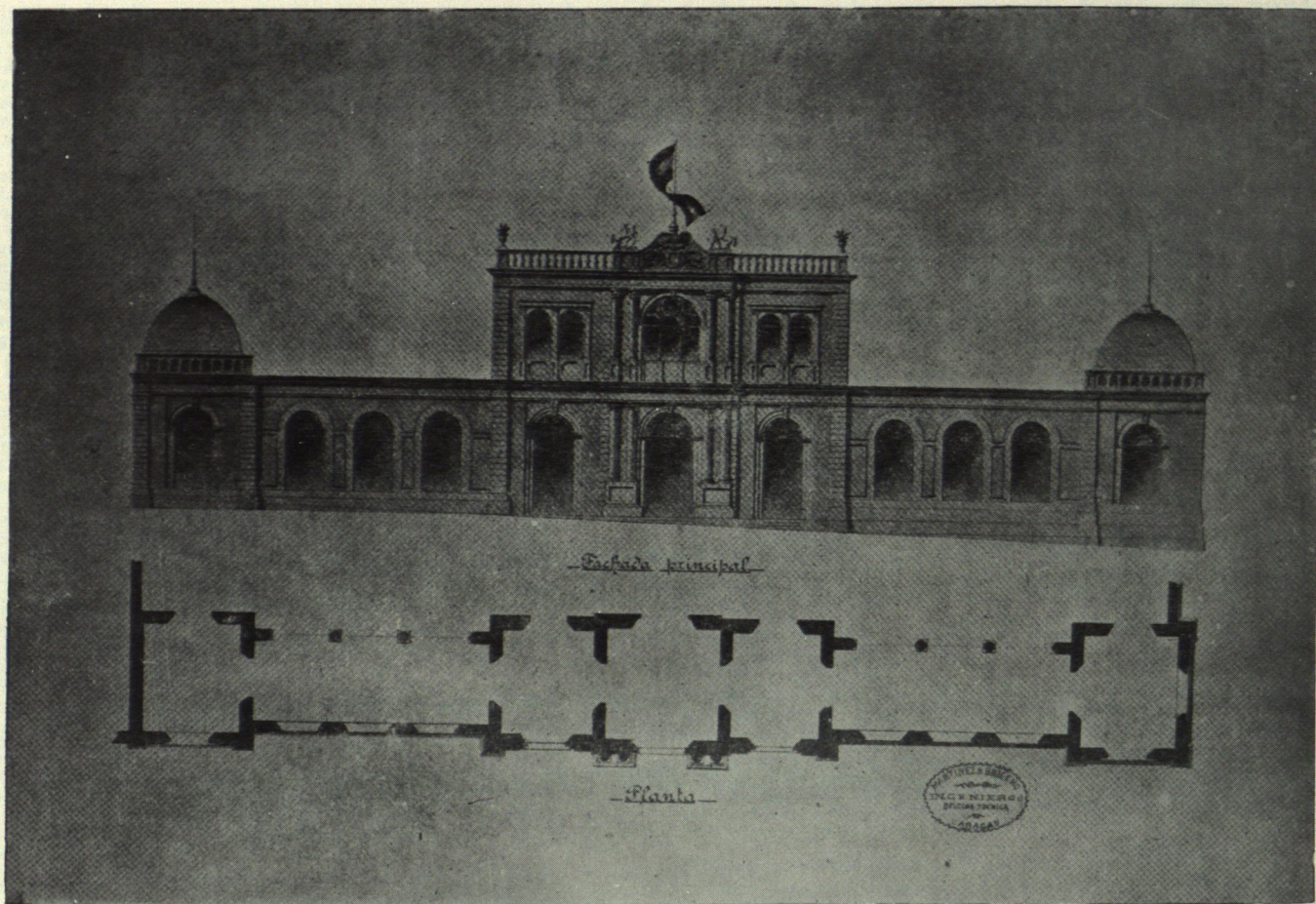
mir. Las dos de la madrugada serían cuando se despertó y vió la aparición de una mujer pequeña entre la cortina de la cama y la almohada: esta mujer le dijo que era su madre, que se encontraba feliz, y que hacia las doce del día, ella, la muchacha, estaría con su madre. Inmediatamente llamó de nuevo á la camarera, pidió sus vestidos, y después de vestida entró en su bufete de donde no salió hasta las nueve, trayendo consigo una carta cerrada y sellada para su padre: la entregó á su tía Lady Everard, le contó lo que había sucedido, y le dijo que deseaba que tan pronto como ella hubiese muerto la carta fuese enviada á su padre. La señora creyó que la niña se había vuelto loca y envió con urgencia á Chelmsford en solicitud de un médico y un cirujano que vinieron inmediatamente. El médico no pudo discernir ningún signo de lo que la señora imaginaba, ni ninguna indisposición corporal. La señora insistió, sin embargo, en que la niña había de ser sangrada, lo que se hizo en consecuencia. Después que la joven hubo sufrido con paciencia lo que se quiso hacer con ella, rogó que se le llamase al capellán á fin de que le leyese algunas oraciones. Cuando éstas hubieron terminado, tomó su guitarra y su libro de salmos, se sentó en una silla de brazos y se puso á tocar y cantar tan melodiosa y admirablemente, que su maestro de música, que estaba presente, quedó admirado. Al acercarse las doce se levantó, se sentó de nuevo en otra gran silla de brazos y tomando una ó dos grandes inspiraciones, murió repentinamente. La muerte acaeció en Waltham, en el condado de Essex, á tres millas de Chelmsford; y la carta fué enviada á su padre que residía en Warwickshire. Sir Charles se afligió tanto con la muerte de

su hija que no quiso venir hasta que estuvo sepultada; pero cuando llegó, ordenó que el cadáver fuese exhumado y como lo deseaba ella en su carta, sepultado junto al de su madre en Edminton. Esto sucedió hacia los años de 1662 ó 1663; y esta relación del Obispo de Gloucester la tenía del mismo Sir Charles Lee.”

El hecho siguiente está también perfectamente autenticado: fué publicado primero por Abercrombie en su obra *Intellectual Powers*; reproducido en el periódico *Blackwood's Magazine*, y más tarde en la notable y bien conocida obra escrita por el distinguido alienista Dr. A. Bierre de Boismont que se titula *Des Hallucinations* etc., y en la ya citada de Robert Dale Owen, *Footfalls on the Boundary of Another World*; el caso se conoce con el nombre de:

LA PARTIDA DE PESCA

El Mayor y la Señora Griffith de Edimburgo, que residían entonces en su castillo, habían recibido en su casa á su sobrino Mr. Joseph D'Acre, de Kirklington, en el condado de Cumberland. Era este un joven que había venido á la capital de Escosia con el propósito de seguir sus estudios, y había sido muy especialmente recomendado al cuidado de sus parientes. Una tarde Mr. D'Acre les comunicó su intención de ir, en la mañana siguiente, en unión de varios jóvenes compañeros, á una partida de pesca en Inch-Keith, á lo cual no se le hizo ninguna objeción. Durante la noche, la señora Griffith que dormía tranquilamente, se levantó de pronto perturbada al parecer por un horrible ensueño, y exclamó con acento de terror: “El bote se sumerge. Salvadlos á todos.” Su esposo atribuyó esto á cierta aprehensión de parte de ella, pero ella declaró que no tenía



PROYECTO DE EDIFICIO PARA EXPOSICIÓN PERMANENTE DE INDUSTRIAS Y AGRICULTURA, EN CARACAS (Venezuela)

cuidado alguno acerca de la partida de pesca, y que en verdad no había pensado más en eso; en consecuencia se dispuso de nuevo para dormir. El mismo ensueño, empero, se repitió tres veces en el curso de la noche, presentando el último, la imagen del bote perdido y todos los viajeros ahogados. Esto la alarmó seriamente hasta el punto de levantarse, echarse encima una bata, y sin esperar la mañana, dirigirse al cuarto de su sobrino. Con alguna dificultad le persuadió de abandonar su desig- nio y de enviar á su sirviente á Keith con una excusa. La mañana era bellísima; la par- tida se embarcó; pero cerca de las tres de la tarde se levantó repentinamente una tempestad, el bote se hundió y todos los que iban á bordo se ahogaron.

Mary Lady Clerk, de Pennicuik, bien cono- cida en Edimburgo durante una prolongada viudedad era hija de Mr. D'Acre; y ella misma comunicó el hecho al Editor del *Blackwood Magazine* en una carta fechada en "Princes Street 1º de mayo de 1826" y que comenzaba así: "Estaba el otro día en una tertulia y la conversación giró acerca de los ensueños. Yo referí uno que acaeció con mi propio padre y del que respondo por su entera verdad." Y concluye así: "A menudo he oído la historia á mi padre, quien siempre añadía: Esto no me ha hecho supersticioso; pero con la más intensa gratitud jamás puedo olvidar, que mi vida fué, por disposición de la Providencia, salvada por un sueño."

R. VILLAVICENCIO.

SEGUIDILLAS

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA MERCEDES GALLEGOS

Luces niña, en el campo
De la existencia,
Cual delicado lirio
Lleno de esencia,

Que el viento helado,
De la negra tormenta
No ha marchitado.

Y cruzas por el mundo
Como la fuente,
Que se deshace en perlas
Limpia y bullente,
Y el noble pecho
Para tus ilusiones
Sientes estrecho.

Como estrella de plata
Que resplandece,
Sobre el azul del cielo
Cuando amanece,
Así fulgura,
En el hogar bendito
Tu imagen pura.

Que el cielo te ha dotado
Con la hermosura,
De un alma que es emblema
De la ternura,
Pues en tu mente,
El ideal del arte
Brilla fulgente.

Sigue estrella, alumbrando,
Flor hechicera
Esparciendo tu aroma
Por la pradera,
Y tu camino,
Alumbra el de tu guarda
Querub divino.

Jamás tu cielo hermoso
Mires nublado,
Ni sientas los rigores
De adverso hado;
Propicio el cielo,
Guarde siempre tu dicha
Sobre este suelo.

DOMINGO GARBAN.

Caracas.

LIED

—Pour le doigt de ma fiancée
Qu'on me fasse un 'bel anneau d'or
COPPÉE.

I

La tez ruborosa
Y humildes los ojos,
Mi amada sonríe, sonríe como ángel
Y escucha á mi lado mi canto amoroso.
—Oye, platero!
Afila el cincel, y pronto
Para el dedo de mi novia
Hazme un anillo de oro.

II

¡Adiós! mi adorada
Me dijo llorando . . .
¡Que triste es la ausencia! Qué tristes mis noches,
Y en vano la espero, y en vano la llamo!
—Oh tapicero!
Para guardar su retrato
Y las cartas que me escriba
Hazme una caja de raso.

III

Mi alma solloza,
Mi vida es martirio . . .
¡Qué triste que canta la brisa de invierno!
¡Qué triste mi alma se muere de olvido!
—Sepulturero!
Mi ataúd está ya listo . . .
Hazme una huesa muy honda
Que quiero dormir tranquilo!

ISMAEL HENRIQUE ARCINIEGAS.



LOS ALUMNOS DEL COLEGIO LIBERTADOR EN HORAS DE ASUETO EN EL BOSQUE DE MACUTO (BARQUISIMETO)

UNA VENGANZA POSTUMA

En la plaza mayor de la ciudad de Maracaibo, capital del Estado del Zulia, se levantaba, hasta el día en que fué reconstruida hace algunos años, una casa ruinosa, de antiquísima arquitectura, frente a frente del Palacio del Gobierno. Dicha casa, de dos pisos, estaba como ceñida por un largo balcón ó tribuna corrida por toda la fachada del piso superior, cuyas pronunciadas curvaturas revelaban á los ojos menos investigadores sus largos años de existencia.

A aquella mansión solían dar algunos ancianos el pomposo nombre de Palacio del Libertador, por haberla habitado Bolívar, á su regreso del Perú; lo que daba pábulo á una de mis vanidades infantiles, cuando hacía constar en tono enfático, entre mis compañeros de Colegio, que era allí donde había visto yo la luz primera.

El entresuelo ó parte baja de tan vetusto edificio acababa de ser desocupado, en la época en que se sucedieron los acontecimientos que trato de referir, por la familia de un amigo y condiscípulo mío, á quien llamaré Manuel, la cual había partido para la Nueva Granada, dejando á mi amigo en aquella casa, al cuidado de una sirviente anciana, mientras terminaba su curso de humanidades.

La parte alta, siempre cerrada y solitaria, era cuidada por un viejecito visoso y misterioso, que tenía especial cuidado, al subir la dilatada escalera que á ella conducía, de cerrar la puerta con grandes precauciones, como temeroso de ser acechado; y sólo los lunes en la noche se iluminaban sus salones para recibir una multitud

de hombres, vestidos de negro, que celebraban en ellos conciliábulos misteriosos á puertas cerradas; lo que no impedía que se oyese ruidosas palmadas, murmullos prolongados y chasquidos de espadas que se chocan.

Cierta día en que aprovechando una distracción del Cancerbero logré deslizarme en pos de él por aquella escalera, lleno de curiosidad, me hallé al fin de mi ascensión en un prolongado corredor, con barandas torcidas, que caían al gran patio interior; pero como las puertas de las habitaciones situadas en aquel corredor se hallaban cerradas, sólo descubrí, empujándolas, una abierta por la cual me asomé temeroso; y tuve ocasión de ver un cuarto con las paredes todas revestidas de colgaduras negras, y en el centro de cada una de ellas, nichos triangulares en los cuales resaltaban blanquísimas calaveras. Ví también colgado del techo, en el centro de la habitación, un descarnado y gigantesco esqueleto humano, cuyas cuencas vacías me pareció que despedían llamas. Un destemplado grito del minotauro de aquel laberinto me hizo volver en mí y que me precipitara desalado por la escalera, sobrecogido de espanto. Aquello que había visto era parte integrante de una logia, y por consiguiente masones los que allí se reunían.

Hé aquí el teatro de las escenas que os voy á referir; escenas íntimamente ligadas con mi juventud, y á cuyo recuerdo siento que se apodera de mi corazón profunda tristeza, pues vienen á la memoria los nombres de aquellos amigos de la infancia que ya han dejado de existir, las desgracias y martirios de los unos, los triunfos de los otros, el constante cariffo de éstos, las traiciones de aquellos, y por último las fisonomías y caracteres de todos, como evocados por efecto de poderoso conjuro. Aquí, aquí en mi

imaginación los veo desfilar como procesión de sombras que me miran como á conocido antiguo, y parece que me interrogan, esperando cada cual una respuesta.

Poder de la memoria! Y cómo conservas gravado en el corazón el recuerdo de los primeros días de la vida! Y cómo haces renacer las impresiones que conmovieron á un niño en el alma de ese mismo niño hecho hombre, hasta el extremo de hacer temblar la pluma entre sus dedos! . . .

Corría el mes de Junio de 1856, y como nos preparábamos á sufrir los exámenes que debían efectuarse en Julio, nos reuníamos en casa de Manuel para hacer el repaso general de las materias, Luis Pérez, Juan Gil y yo, pasando en esta ocupación la mayor parte de las noches.

Una de ellas, ya á horas avanzadas, pues habíamos estado hasta muy tarde escribiendo las innumerables fórmulas y permutaciones del binomio de Newton, conversábamos tendidos á la bartola sobre nuestras camas, con la cháchara inagotable que es carácter peculiar del estudiante, cuando se me ocurrió fingirme loco, con el objeto de divertir á costa de mis amigos, á quienes había sorprendido varias conversaciones en que pretendían haber descubierto en mí manifiesta propensión á aquella enfermedad.

No me detendré á referir la multitud de incidentes y episodios á que dió lugar mi fingida locura: basta al propósito asegurar que desempeñé con tal maestría mi papel improvisado, que mis compañeros se alarmaron hasta el extremo de enviar á Juan en busca de un médico, quedando conmigo Manuel y Luis, á quienes hice pasar tormentos indecibles con mis fingidos raptos de locura.

Cuando Juan regresó, jadeante, acompañado del médico, fingía yo uno de los más furiosos accesos, comprendiendo por las fisonomías de mis compa-



EN EL ALBUM DE LAS SEÑORITAS ERASO. — (Estudio de M. V. Ruiz)

ros que se hallaban profundamente impresionados. Al acercársele el Galeno, temeroso de que no se le escaparía mi ficción, y satisfecho ya de los resultados obtenidos, me quedé instantáneamente serio; hice luego algunas cabriolas, parecidas á las que debió ejecutar Don Quijote en la peña pobre, y dando de repente rienda suelta á mi hilaridad, prorrumpí en estruendosas carcajadas, burlándome á satisfacción de la credulidad de mis amigos.

Ellos, indignados, juraron hacerme pagar caro la burla, tanto más pesada, cuanto el médico, hombre irascible y vanidoso, se desató en improperios contra todos nosotros, y aun nos amenazó con citarnos ante la policía por haber pretendido burlarnos de él.

Pasó por fin el mes de Julio, y con él nuestros sustos y fatigas ocasionados por los exámenes anuales. Llegaron las vacaciones de Agosto, y como Manuel no podía ir á reunirse con su familia hasta que no llegara el *bongo* que había de conducirle, nos suplicó le hiciéramos compañía. En aquella casa pasábamos el día y la noche juntos los cuatro amigos leyendo, escribiendo versos ó jugando al ajedrez; y varias veces intentaron vengarse de mi burla, preparando ingeniosamente las suyas. Ya era un ladrón que me asaltaba al volver una esquina, á hora avanzada de la noche, ladrón en quien reconocía á Luis, no obstante la horrible catadura que le daba su disfraz; ya una carta amorosa escrita por Manuel, en la cual se me daba una cita etc., pero yo caía ó no en la burla sin dar muestras de desagrado; por el contrario celebraba el suceso, y esto quitaba á la premeditada venganza la mayor parte de su mérito.

A pesar de estos juegos inocentes que daban á conocer nuestro íntimo cariño, creía notar siempre en Juan una invencible predisposición contra mí, la que atribuía á los galanteos que prodigaba yo á una primita suya de la cual se hallaba él enamorado; y como yo obtenía mejor acogida, él, para vengarse, jamás desperdiciaba ocasión de buscarme camorra por cualquier tontería.

Una vez se presentó á nosotros con la mirada amenazadora. Manuel y yo jugábamos una partida de ajedrez y Luis leía en voz alta "Los Tres Mosqueteros," por lo que al pronto no observamos el aire trágico que traía. Mas acercóse á mí sin saludar á nadie, y poniendo bajo mis ojos un billete escrito en papel color de rosa

—Conoces esta letra?—me preguntó.

Tomé la carta y leí lo siguiente: "Elena: eres una coqueta vulgar, digna sólo de ser amada por un hombre de la estofa de tu primo Juan. Aburrido de tí he resuelto enviarte á paseo. Llamo á Juan en mi reemplazo." Y seguía mi firma.

—Demás está el reconocimiento, le contesté levantándome: ¿no conoces tú mi firma?

—Temí que la negaras.

—Pretensión bien singular es esa, Juan, le repliqué. Cualquiera diría que crees inspirarme miedo, y te juro por mi honor que me das risa.

—Te reirás de la misma manera con una pistola en la mano? me replicó con tono insolente.

—Me desafías? Cuando gustes, avísalo, querido.

—Esta misma tarde en los Haticos; mi padrino es Luis.

—El mío Manuel. Los dos cuidarán de los preparativos.

—Muy bien. Y volviéndome la espalda, se alejó con aquello petulancia tan común en los mozos de 18 á 20 años, de que yo tampoco estaba exento.

Manuel salió con Luis á preparar lo necesario para el duelo, no sin haber hecho antes cuantos esfuerzos pudo para evitarlo; y yo quedé entregado á esa multitud de reflexiones que despierta en el ánimo más frívolo un paso tan serio como el que íbamos á dar en el camino de la locura.

Por aquellos años tenía Maracaibo marcada afición á las aventuras y escenas novelescas, debido sin duda á la lectura de dramas y novelas de capa y espada que se devoraban con avidez; y en ningún gremio habían hallado tan buena acogida como en el de los estudiantes, los cuales no había día que no hicieran alguna barrabasa.

Ya principiaban á ostentar las nubes los mil colores en que se tinte el cielo maracaibero, al descender el sol para hundirse en las ondas del lago, cuando llegaron á buscarme Manuel y Luis.

Todo estaba preparado para el duelo.

Nos dirigimos al muelle, y habiéndosenos incorporado Juan en el tránsito, nos embarcamos en un bote que nos esperaba, é hicimos rumbo á los Haticos.

Mostrábase la tarde con sus brillantes vestiduras de gasa, á la tibia luz del sol moribundo, que dirigía sus últimos rayos tangentes á la superficie del lago, dorando sus serenas aguas; y



TEMPLO DE LA CANDELARIA Y ESTATUA DEL GENERAL JOSÉ GREGORIO MONAGAS EN LA PLAZA DE AQUEL NOMBRE

una que otra gaviota se remontaba en los aires, después de haber apresado el pecesillo de plateadas escamas que había subido á la flor del agua, jugando con la espuma, sin sospechar que era acechado.

El bote se adelantaba con rapidez, al acompasado esfuerzo de dos remeros, hacia el punto designado de antemano; y ¿por qué negarlo? mi corazón se oprimía al recuerdo del objeto de nuestro viaje, y corría por mis nervios involuntario escalofrío.

Llegamos al fin á tierra. Después de dar orden á los remeros que nos esperasen, cruzamos una playa arenosa, sembrada de palmeras, y de arbustos cargados de hicosos, que blanqueaban como si fuesen de nácar, y nos internamos por un terreno escabroso, como media milla, hasta llegar á una planicie oculta por un bosquecillo. Allí era donde debíamos batirnos.

Nadie había desplegado los labios.

Manuel y Luis midieron veinticinco pasos y, colocando una piedra á cada extremo del terreno medido, nos invitaron á ocupar nuestros puestos.

Cargaron las pistolas, observándonos á hurtadillas, como quien espera sorprender en los adversarios un signo cualquiera de terror ó cobardía.

Tan luego como hubieron concluido, entregaron á cada uno de nosotros una de las pistolas, y se colocaron á cierta distancia, en una pequeña eminencia que se hallaba al lado izquierdo del campo.

El instante en que todo esto tardó en verificarse fué para mí una eternidad, durante la cual experimenté sentimientos encontrados y dolorosas alucinaciones. Unas veces creía ver á Juan

rodando por el suelo, bañado en su propia sangre, y escuchar una voz que me gritaba—asesino! Otras sentía el corazón atravesado por mortal herida y entonces, en el fondo de mi alma creía oír el acento de mi madre que clamaba—suicida!

Hubo un momento en que me sentí impulsado á arrojar la pistola que empuñaba mi convulsa mano y lanzarme en los brazos de Juan; mas el temor de aparecer como un cobarde me contuvo; y rígido como un cadáver esperé.

Juan estaba tranquilo, muy tranquilo. Parecía desafiarme lanzando sobre mí insolentes miradas, como quien está seguro de su triunfo.

Los padrinos hicieron al fin oír las tres palmadas convenidas, y á la última dos tiros salieron á la vez....

Yo permanecí en pié; mi corazón latía con violencia y mis ojos cerrados convulsivamente, no querían abrirse. El silencio que reinaba á mi alrededor acabó de amedrentarme, y abrí los ojos espantado.

Juan, bañado en sangre, yacía por el suelo.

Manuel y Luis lo examinaban con ansiedad.

—Muerto! dijeron con voz lúgubre; y al oírlos sentí erizarse mis cabellos; fijé con tenacidad involuntaria los ojos en el cadáver, hasta que una nube de sangre los nubló, y rodé por tierra sin sentido.

Cuando volví en mí, sentí una brisa húmeda que azotaba mi rostro y escuché el ruido de los remos al cortar las aguas.

Luis y Manuel se hallaban á mi lado en el bote, y creí notar al mirarlos, una sonrisa desdenosa que vagaba en sus labios; lo que me hizo avergonzarse de mi debilidad.

La noche se había venido encima y el cielo, cubierto de negros nubarrones, daba á conocer que iba á estallar una tormenta seca de las que en Maracaibo son tan frecuentes.

Las ondas, poco antes serenas, principiaban á alborotarse; y los buques fondeados en el puerto se aprestaban á afrontar el temporal. Yo lo veía todo negro, tenebroso como mis pensamientos.

Los remeros vogaban con tal vigor, que en cuatro brazadas atracamos al muelle de la ciudad. Desembarcamos, y después que Manuel hubo pagado á aquellos hombres, y hablado con ellos á media voz, como recomendándoles la discreción, nos fuimos á casa.

Cuando nos encontramos en ella, después de cerciorarme de que nadie nos escuchaba, pregunté á los amigos con voz temblorosa:

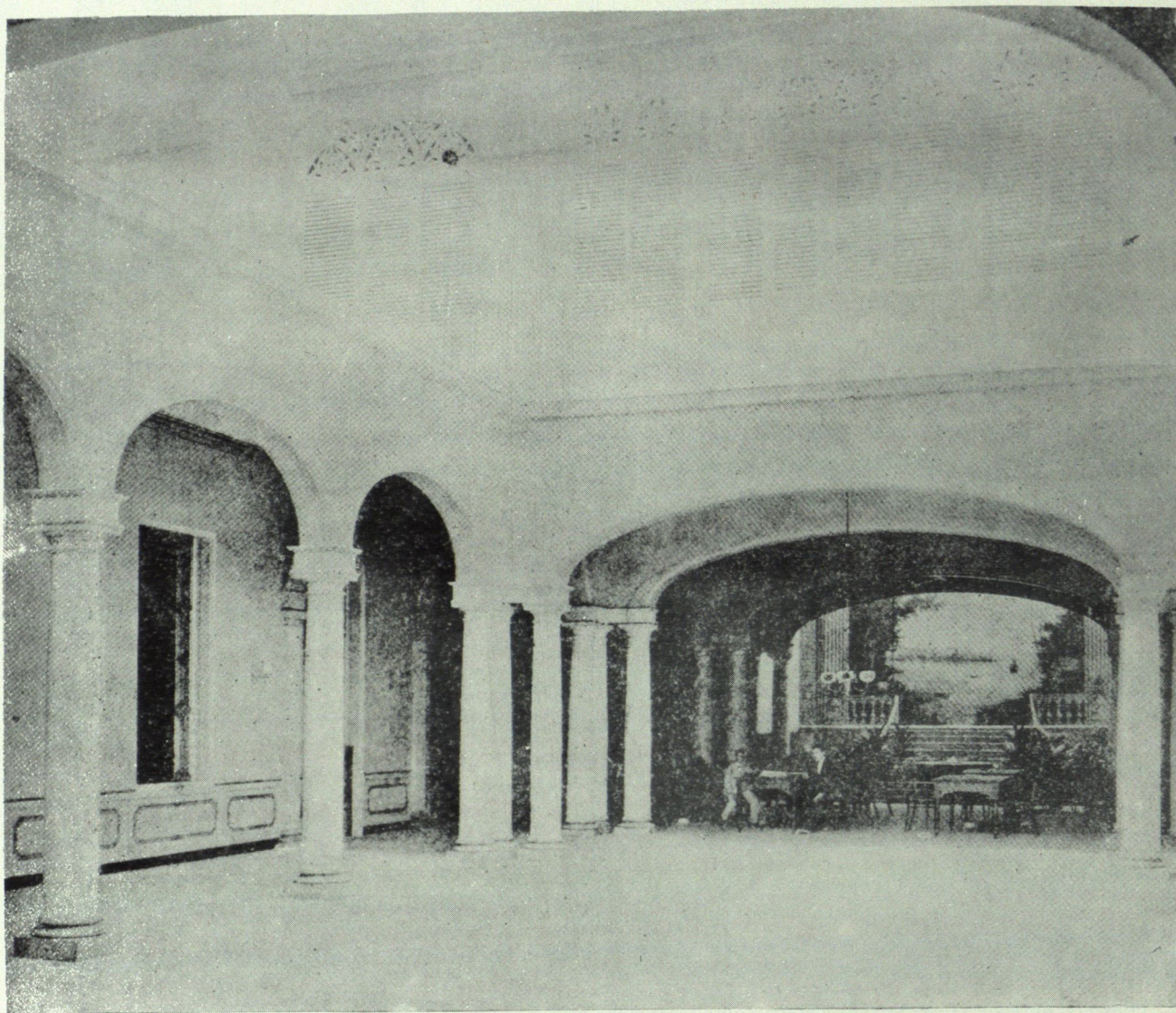
—Y el..... cadáver?

—Quien lo encuentre creerá que se ha suicidado, pues dejamos á su lado la pistola—me dijo Luis, cuya voz parecía temblar también de emoción.

Yo me tendí en la cama, y absorto en mis meditaciones, mejor dicho, en mis remordimientos, no quise ir, como solía, á la casa de mis padres, donde acostumbraba esperar la hora en que Manuel se recogía habitualmente, sino que preferí quedarme solo.

Hacia rato que los amigos habían salido á fin de no provocar sospechas, caso de que hubiera ido alguno á tropezar con el cadáver de Juan.

Cuando me ví solo, enteramente solo, y sin temor de ver asomar á los labios de mis compañeros aquella sonrisa burlona que tanto me



CORREDORES AL SUR OESTE DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. — Caracas

avergonzaba; sonrisa que yo traducía como de lástima por mi debilidad, d^í rienda suelta á mis lágrimas, pensando con dolor inmenso en que hacía pocas horas que Juan, joven y vigoroso, era la esperanza de la familia; y en aquel momento, su cadáver, abandonado en un lugar desierto, servía de pasto á las aves de rapiña

Dos largas horas pasé abismado en semejantes reflexiones. Las campanas de la Iglesia mayor doblaban como es costumbre á las nueve por las almas de los muertos; los relámpagos se sucedían unos tras otros, trazando en el espacio espirales de fuego, acompañados del sordo rumor del trueno: algunas gruesas y escasas gotas de lluvia, como si fuesen la difícil respiración de una atmósfera calenturienta, humedecían el suelo: reinaba profunda soledad en las calles; y el sombrío caserón en que me hallaba, enteramente solo y silencioso, parecía agobiarme con el peso de sus antiquísimos techos.

De pronto oí tres golpes secos en la puerta de la calle, y conociendo que eran Luis y Manuel, corrí á abrirles. Eran ellos en efecto: más detrás de ellos se deslizó también una sombra blanca, envuelta en un sudario manchado de sangre

—Habéis visto? les dije, trémulo y azorado.

—Qué, preguntaron ambos á la vez.

—La sombra de Juan que ha entrado con vosotros y ha desaparecido por la escalera que conduce al alto.

—Niño, replicó Luis; estás viendo visiones; la puerta de la escalera está cerrada; mira, añadió sacudiendo aquella puerta que resistía al impulso.

Efectivamente, la puerta tenía corrido el cerrojo.

Sin embargo, yo temblaba como azogado; sudores fríos corrían por mi frente, y á la luz de los relámpagos creí ver desde el patio, deslizándose por los balcones del interior, aquella misma sombra cuya imagen me helaba de pavor.

—Vente, querido, no seas necio; me dijo Manuel, arrastrándome tras de sí; vamos á acostarnos y déjate de tonterías; de lo contrario creemos que te has convertido en un niño de escuela.

Seguí maquinalmente á mis dos amigos. Mi imaginación, excitada tal vez por los terribles acontecimientos de aquella tarde, sufría una continuada alucinación, pues no habíamos entrado aún á las piezas que se hallaban á oscuras, cuando, al rascar un fósforo, sentí que se deslizaba junto á mí, quemándome el cuello con su cálido aliento, la misma sombra blanca y ensangrentada.

Sin embargo nada dije, temeroso de continuar dando motivo á las burlas de mis compañeros.

Nos acostamos en silencio; y bien fuera por las agitaciones que había sufrido nuestro espíritu, bien porque la noche anterior la habíamos pasado en vela, nos quedamos dormidos al ruido de la tempestad que bramaba á cada instante con mayor violencia.

Presas el alma de atroces pesadillas, no sé cuánto tiempo pasé aletargado por un sueño muy parecido al que produce la fiebre. En una de aquellas pesadillas creí ver á Juan delante de mí, pálido, desencajado, con la mirada vidriosa que me decía:

—“Asesino! tu mano ha cortado el hilo de mi existencia! Eres un homicida!”

Y sintiendo que me había despertado, miré en torno mío. . . .

No era sueño, nó! El espectro de Juan se inclinaba sobre mi rostro y repetía con voz cavernosa las mismas palabras!

La tempestad se dejaba aún oír á lo lejos como el rugido de un gigante: me incorporé en la cama y con ojos extraviados y el pelo erizado de pavor quise gritar, más la voz espiró en la garganta.

Al fin, reuniendo toda la fuerza de voluntad de que era capaz en tal momento, me puse en pie y traté de huir.

Dos manos rígidas, frías y descarnadas, manos de esqueleto, se posaron en mis mejillas: eran las del fantasma que me contenían!

Ya era imposible resistir á tantas emociones; di un grito agudo, y caí al suelo sin sentido.

Cuando recuperé el conocimiento era de día. Manuel y Luis me prodigaban sus cuidados.

De pronto veo que se abre la puerta que de nuestro cuarto conducía á la sala, y por ella entra con un sudario en el brazo y dos manos de esqueleto en la izquierda, Juan, el mismo Juan que yo creía muerto, y que adelantándose hacia mí, con semblante risueño y rebosando satisfacción, me dice con su voz de siempre:

—El golpe ha sido rudo. Nos hemos vengado en regla!

DIEGO JUGO RAMÍREZ.



SALONES AL SUR OESTE DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. — Caracas

GUAICAIPURO (*)

Dame oh musa! la voz con que se ostenta
Del rápido aquilón la ruda zafia,
Cuando sobre Los Andes se aposenta
Y hace temblar la altísima montaña;
O el horrendo rugir de la tormenta,
O de los mares la cadencia extraña,
Para entonar un himno, reverente,
Al indio de mi patria más valiente.

Sí, préstame la voz del gran Ercilla,
El célebre cantor de "La Araucana,"
La inspiración fecunda de Zorrilla,
O de Bello la lira americana.
Tú, patria musa, inspírame; y cual brilla
Al despuntar el sol en la mañana,
Brille mi numen, y sonoro y puro
Se escuche mi cantar á Guaicaipuro.

¡Guaicaipuro! Mirarte aún me parece,
Cuando los bravos tercios españoles
Penetran en las selvas donde crece
Tu raza, y donde en paz viera mil soles,
Como tu altivo pecho se estremece,
Y mandando á sonar tus caracoles,
"A las armas!"—gritar—"¡Indios valientes,
"Guerra, exterminio á las intrusas gentes!"

Y oír también el desusado estruendo
Y los gritos que el bosque estremecían,
De los *gandules* que tu voz oyendo
A tu acento de alarma respondían.
Ah! cómo me imagino estaros viendo!
Ellos, furiosos por doquier corrían,
Y tú, activo, ordenabas tus guerreros
Para entrar en la lid con los iberos.

¡Divina libertad! cuando se enciende
Un noble corazón al fuego tuyo,
Sólo á la gloria, no al peligro atiende
El hombre á impulsos de tan santo orgullo;
Por precipicios hórridos asciende,
Llama el canto marcial plácido arrullo,

Y su alma en patrio amor arrebatada,
La vida misma la valora en nada.

Ved sinó como ascienden apiñados
Los indios por doquier, de varios modos,
Y á combatir se lanzan, denodados,
El formidable campo de los godos.
Ellos casi desnudos, mal armados;
Vestidos los de España, armados todos
De acero, y sobre rápidos corceles,
Y seguidos al par de canes crueles.

Pero nada detiene, ni amedrenta,
Del atlético Indio el valor fiero,
Y al frente de los suyos, les alienta
Con su fácil palabra de guerrero:
"Por esclavos—les dice—ya nos cuenta"
"En su ambición audaz el extranjero;"
"Vamos á combatir con brazo fuerte,"
"Y ser por siempre libres, ó la muerte"

Dice, y los vientos ráudos condujeron
Sus ecos de furor, de monte en monte,
Y es fama que de sangre se tifieron

[*] Indio, verdaderamente de espíritu guerrero, en quien compitieron á porfía las calidades de un capitán famoso.
[OVIEDO—Conquista de Venezuela].



LAS ESTRELLAS DEL ARTE DE LA TAUROMAQUÍA

Los celajes del límpido horizonte.
"Guerra, guerra!" los indios repitieron
Con unísona voz. . . . Del Aqueronte
Semejaban los seres fabulosos
En medio sus conciertos espantosos.

Ah! temblaron, temblaron los iberos
Al oír los terríficos clamores,
Cambiados viendo en féroces guerreros
Los que siervos creyeron, los Señores. . . .
Leones se tornaban los corderos,
Y guay de los confiados cazadores
Si el valor nada más les ayudara! . . .
—Ni uno con vida entonces escapara!! . . .

Ninguno, sí, que altivo por doquiera
Terrible Guaicaipuro los seguía
Y aunque en varios encuentros roto fuera,
Con aliento mayor su pecho ardía.
A su potente tribu, en quien impera,
"O morir, ó ser libres"—repetía,
Y con su patrio amor tan sólo ¡oh gloria!
Lo coronó mil veces la victoria,

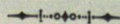
Que en su sagrado empeño, siempre airoso,
Desde que la enseña alzó de "independencia,"
Hasta que al Dios eterno y misterioso
Mártir de libertad, dió la existencia;
¿Quién le pudo seguir? ¿quién más brioso,
Ni quién como él tenaz? Su resistencia
Confunde al español, que en todas partes
Halla su brazo, ó sus guerreras artes,

Y doquiera por él se arman en guerra
Las numerosas tribus convecinas,
Y como llegan de lejanas tierras
Mil bandadas de pardas golondrinas,
Así bajan los indios de la sierra
Las llanuras cubriendo y las colinas,
Y su horrenda, su inmensa gritería,
Bramido de volcanes se creería. . . .

Cacique incomparable! ¿quien no vierte
Lágrimas al leer tu infausta historia,
Cuando tan pronto, tan traidora muerte
Troncha el laurel de tu naciente gloria.
Trasportada mi alma, defenderte
Juzga en el trance aquel. . . . y la victoria
Alcanzar ¡vive Dios! contra el hispano,
Contigo cruel, y bárbaro y villano.

—Noble adalid, adiós! Indio valiente,
Digno hijo del sol que nos alumbra,
Duerme por siempre en paz. Yo, reverente
He querido cantarte. . . . me deslumbra
La llama de tu gloria refulgente,
Y sé, que para el trono que te encumbra,
Como canto el mejor ó humo el más puro
Basta tu solo nombre, Guaicaipuro.

H. ALVAREZ IBARRA.



MADRILEÑAS

"Madrid moderno" es una nueva población; una pequeña barriada que, llena de luz y de alegría ha surgido por modo milagroso del seno de la tierra española á usanza de las ciudades yankees.

Los ricos y los linajudos de la heroica villa y corte hánse empeñado en la fabricación de este nido aristocrático que será de hoy más un refugio para los espíritus cansados de la sorda lucha de la opulencia.

Nada más encantador que ese diminuto paraíso.

Los trozos de terrenos están divididos simétricamente con barandas de bronce; los

palacios orillados de jardines; las calles amplias, limpias y tiradas á cordel; las plazoletas embaldosadas y á trechos brotan fuentes airoas que murmuran incesantes sus poemas de espumas.

En todo el centro de la pequeña ciudad se levanta un parque que apellidan «Rusia.» Abierto, claro, nutrido de jardines, sin faldas escuetas como las del Retiro, sin espesuras salvajes desprovistas de encantos, ni sus otras aglomeraciones de árboles que le privan de sus más ricos paisajes, «Rusia» es un verdadero sitio de recreo y de regocijos enternecedores: no para ser cantado de rodillas como la Castellana, sino para ser elogiado por la lira del amor. Á lo lejos las colinas con sus escasos montecitos que la distancia hace violáceos; los lagos parecen manchas de acero bruñido; las sendas, enarenadas, están pletóricas de luz; por todas partes ondula la multitud de excursionistas alegres, los grupos de bulliciosos niños; las parejas de novios que van y vienen, embriagados por el aliento puro de la naturaleza..... y allá, más lejos aún, envuelto por la neblina que flota sobre las siluetas de sus torres grisáceas, el Madrid viejo que ruge; Madrid envenenado de perfumes; salpicado de barro; cubierto de nieve, incendiado de luces rojas que se me antojan como manchas de sangre..... Madrid desesperado, lívido, que se precipita al placer con su sollozo eterno agolpado á la garganta.

¡Oh! quién pudiera vivir siempre en «Rusia», alejado de ese mundo que se complace en cosechar nuestros dolores, en arrastrarnos á su torbellino de locuras, de impaciencias, de vida ficticia, donde se deja todo, ideas, sentimientos, todo hecho girones!.....

**

La mejor orquesta del mundo, según informan los artistas que han recorrido á Europa, acaba de empezar la flamante partitura de *La Africana*.

La platea, los entresuelos, los palcos están formados por líneas curvas que forman arcos radiosos á las más bellas mujeres del Madrid elegante. Flores, plumas, piedras resplandecientes, sedas; una iluminación de huríes y un triunfo más de la opulencia que abruma.

Se iba al Real á despedir á La Darcee.

La Darcee es aquella artista de quien tantas veces he hablado en estas Revistas y á quien los más severos cronistas han comparado á la célebre Adelina Patti. Y no mienten los cronistas; á lo menos me lo parece; por de pronto es lo mejor que yo he oído. La Darcee se gasta un timbre de voz claramente sonoro, como el de un canario; una voz que con todo su volumen nunca llega al grito ni á esos desgarramientos de garganta que se toman con frecuencia por notas flamantes. Es imposible ir más lejos en el canto: extensión, agilidad, afinamientos, todo, absolutamente todo lo reúne Aricea Darcee como artista.

Su despedida, igual que la del tenor Marconi, gozó de los honores del acontecimiento. Hasta la Infanta Isabel la obsequió con un lujoso *cornelle* de flores.

**

El mundo entero sabe que los españoles se vanaglorian de haber tenido al primer tenor del *bell canto*: á Gayarre; que nadie como él divinizó el *spinto gentil* con más delicadeza y sentimiento. ¿Qué se puede entonces decir de un tenor como el exquisito Marconi, á quien esos mismos españoles le hacen repetir el *spinto*, cuyas últimas notas apagó siempre la ovación?

Esta última noche que cantó Marconi, el real ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades; el público siempre austero, siempre guardando la serenidad que exige el aristocrático sitio donde se encuentra; ese público, digo, se olvidó completamente de que estaba en el Real y estalló en gritos de entusiasmo en los números que emitió la prodigiosa garganta del artista. Se despidió con todos los rigores de ordenanza, pues además de la ópera cantó *la donna e immobile* de Rigoletto, y una romanza del *Nerone* de Rubinstein que fué acompañada magistralmente por las arpas.

Decididamente, la Compañía del Teatro Real ha perdido dos grandes artistas: una cantante que recorre la gama musical con asombrosa facilidad, y un tenor que posee notas como las de Tamagno y cuyos cambios de registros sólo pueden compararse á los de Gayarre.

Por eso la prensa, unánime, pide el *ritorno* de la Darcee y de Marconi; porque el Real se ha quedado solo.....

**

El General Riva Palacio, poeta por añadidura y Ministro de Méjico en España, publicó en días atrás un bello libro que apellida *Mis Versos*. Pero como de ellos he hablado ya, en otro periódico, me limito á copiar este preciosísimo soneto, que será de fijo, del agrado de los lectores:

LA VEJEZ

Mienten los que nos dicen que la vida es la copa dorada y engañosa, que si de dulce néctar se rebosa, ponzoña de dolor guarda escondida.

Que es en la juventud senda florida, y, en la vejez, pendiente, que escabrosa va recorriendo el alma, congojosa, sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes el corazón rindió, con sus querellas no contesta del tiempo á los ultrajes; que tiene la vejez horas tan bellas como tiene la tarde sus celajes, como tiene la noche sus estrellas.

**

En los escaparates de la Puerta del Sol se exponen actualmente vistas fotográficas de ciudades rifeñas; retratos de mujeres moras, de jefes marroquines, del bajá y del Sultán, para que nadie falte.

Es divertido apostarse, ahí, en la carrera de San Jerónimo á oír los comentarios de la gente del bronce; sobre todo los de las chicas de pañolón «alfombrado.» ¡Qué charloteo más menudo y qué expresiones más gráficas! Hasta las señoritas se detienen en las vidrieras, y, recordando que son españolas, echan sus chilindrinas pareadas.

Pero apañate comentarios ligeros, veamos Tánger, la capital diplomática del Imperio de Marruecos, que es el cuadro que más llama la atención del público.

Tánger es una ciudad bordada de admirables arabescos, de torrecillas airosas, de murallas almenadas y de pequeñas casas blancas como de nieve. Vista á través de la mano entubada á guisa de antejo parece Tánger un ondulado mar de armiño. No obstante la belleza con que nos la presentan los dibujantes y fotógrafos, dicen que de cerca es un pueblo raro y antipático; con callejuelas vertiginosas é inmundas, á trechos estorbadas por tenduchos, donde se alberga el indolente vendedor de baratijas.

Tánger blanca, mejor dicho, pálida y triste, es la ciudad de las tumbas que habló un autor moderno. Aquí en ese ángulo cercano donde las casas toman proporciones notables, se divisa un montón de mujeres y de hombres «acucillados» en el dintel de un portalón: están tomando el sol después de la merienda, ó se hacen cuentos al caer de una tarde bochornosa. Allá vá un guerrero envuelto en su flotante chilaba con su larga espingarda al hombro. Un grupo de chiquillos, cansados de correr, acaso, se revuelcan en el arroyo. Ese ginet trepa una colina: va sofrenando el bruto de cuello enarcado y larga crin. Todo abigarrado, extraño y poético á la vez..... Un pedazo de mar sereno, y detrás una mancha ovalada que aparece: es Gibraltar, el peñón arrancado traidoramente á España por la codiciosa Inglaterra. La costa se va alargando, alargando como el lomo lustrado de una inmensa ballena, hasta perderse de vista. Después, en las orillas formando como un efrculo brusco una torcida línea de covachas, de minaretes, de terrazas, de calles culebreantes que van á esconderse en las entrañas de un monte lejano. Seguramente es de día en Tánger: un gran charco refleja los árboles raquíticos y las gentes están en la calle, con un sol aplanador, como de África; qué ciudad más original y qué habitadores más holgazanes los de ese pueblo arbitrario!

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: 1893.

QUE LE EMPRESTE....

ARTÍCULO SOBRE LA VIDA CURSI, QUE SE LE TRASPAPELÓ Á TABOADA

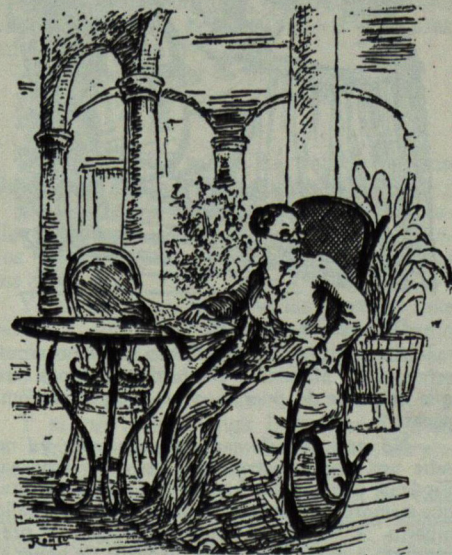
Tun, tun, tun!

—¿Quien es?

—Gente de paz.

—Juana!..... Juana!..... Juanaaa!

—Señora, ya voy.



—Pues corra usted, mujer, que no parece sino que se ha metido algodones en las orejas. ¿No oye que están tumbando la puerta? Vaya usted á abrir.

—Señora; lo que es oír, yo oigo como un oleado; pero venga para que vea. El niño me ha salpicado todo el planchado de ayer, ha levantado la clueca y sacado todos los huevos del nidial; ahora está haciendo serrucho con los cuchillos.....

—Abra usted, Juana, y deje en paz al niño.



—Ah! ¿eres tú, muchacha?

—Si señora; para servirla. Aquí me manda la señora Olegaria para que le diga que con mucha salud para usted y la familia toda, le haga el favor de emprestarle el molinillo y una docenita de tazas, para esta noche que va un señor forastero á tomar el chocolate y á ensayar unas charadas, y tenga la bondad de emprestarle, para devolvérselas, dos libras.

—¿Esterlinas? Ay, hija! lo que es eso.....

—No, señora; de chocolate.

—Vaya, muchacha, que para sustos no gana una. Vé, hija, con Juana que te dé lo que pides. Ya sabes, Juana: del chocolate de prestar.

—Tun, tun, tun!

—Juana! ahí tocan.



—Dios sea en esta casa.

—Amen! Ola, ¿qué vientos la echan por aquí, señora doña Marciala? Se vende usted más caro que la carne de puerco; y no lo digo por comparar.

—No me hables de carestías, hija, que ya no sabe una cómo hacerse para no pedir limosna. Figúrate que hoy son los días de Consolacioncita, que siempre los hemos celebrado con arroz y gallo muerto. Y hoy, ¿qué quieres, hija? Con el presupuesto á media asta, como lo acaba de poner el Gobierno, mi pobre marido echa los bofes, y nada que es un contento. Al fin del mes le tiran una piltrafa. Niña, que los empleados están ahora como en el otro año del hambre; á treinta días al mes, ropa sucia y mesa limpia. Con que, imagínate. Todo lo que tendremos será *bull* y *sangüichés*.

—Se lo agradezco, pero no podremos ir. Este maldito orzuelo....

—Es que me hace falta una ponchera, hija. La mía, tu la conociste; aquella de cristal con doraditos, tan linda, la presté para la fiesta del grado de mi sobrino el ingeniero, y hasta el sol de hoy. Mira, me vas á prestar también la guitarra de tu niña, porque tenemos una conspiración para hacer cantar la canción del *Pirata* á don Rudecindo. Es de lo más divertido, niña. Suponte que con la nueva plancha que le ha puesto el dentista, todas las eses le salen como efes.

Y no digas que vengo con carreta á mudarte, pero la verdad es que he zaqueado por todas las boticas y no he podido encontrar, para Consolacioncita hacerse los rizitos, un fulano frasco de bandolina, de esa que tus niñas usan. Si aquí no venden sino lo que botan en París! Me lo ha dicho una amiga que viene de allá. Con que, corazón, la bandolinita no te la perdono. Tu sabes

lo que son las muchachas de presumidas. En mi tiempo yo era lo mismo. Con los trajes de la pobreza, todo se le acaba á una, hasta los pies. Me vas á mandar una tirita de adhesivo; que estoy que no puedo andar. Y ahora que digo adhesivo, me acuerdo que no tengo gancho para abotonar las botas. Me prestarás el tuyo, ¿verdad?

—Eso y lo demás que necesite usted, doña Marciala.

—Gracias, mujer. ¡Cuanto siento lo del orzuelo! Mira, chica, aunque tu marido sea médico, yo siendo tú me haría un remedio insigne. Te pasas por el ojo el rabo del gató tres veces al día, una por Jesús, otra por María y otra por José, y te aseguro que ese fastidio del ojo se te quita como con la mano. Háztelo y te acordarás de mí.

—Agradezco. Yo le mandaré todo con Juana ahora mismo.

—Pues no faltaba más. Dame acá la ponchera. La envolvemos en unos periódicos, y debajo del pañolón me llevo el contrabando. Mi marido vendrá por la guitarra cuando salga de la oficina. Abur, querida; á las niñas un beso y á tu marido que no crea que nos hemos olvidado de su cuentecita de la asistencia que me hizo cuando lo del zaratán.

—Tun, tun, tun!

—Juana! La puerta.....

—Niña, si á todas manos se ha de abrir, no va á quedar títere en esta casa. Es Rufina, la criada de enfrente.



—¿Qué se te ofrece, criatura?

—La niña Begonia que cómo sigue usted del panadizo del ojo, y que como ella tiene que ir hoy á sacarse unos retratos en casa del fotógrafo, le haga el favor de emprestarle el corsé que le trajeron á usted de París de Francia, y su abanico aquel con toreros que se sacó en la rifa de los huérfanos.

—Tun, tun, tun!

—Juana! esa maldición de puerta!.....

En esta vez es Brigidita, que va á montar á caballo y necesita la amazona de Dolores; y á poco que se lleva la amazona de Dolores vuelve por el sombrero de Erminia; y en seguida aporrean de nuevo el aldadón.

—Tun, tun, tun!

—Juana de los demonches! abra usted esa puerta de par en par, y que entren hasta los cosacos, los beduinos, y los siete niños de Ecija!

—Niña, no se enfade, que es la muchacha de casa de la señora Purificación.

—Ah! esta es harina de otro costal. ¿Cómo está Purita?

—Ay, señora, por Dios. Don Telmo le encajó una botijuela para matarle la solitaria, y por poco se nos larga. Ahora se está reponiendo del julepe.

—Que se vuelva á poner en manos de curiosos y ya verá.

—Eso es lo que las niñas le dicen ahora para

que escarmiente. La pobre señora. Aquí me manda para que le saque usted de un apuro; que le ha llovido á la hora de comer un señor extraño, y que le haga el favor de emprestarle su asado.

—Pues le dirás, hijita, que lo siento en el alma, pero que hoy, aunque jueves, comemos aquí de vienes.

—También me encargó el señorito que le dijera que si le podía emprestar el periódico de Nueva York que llaman *Las Cuatro Américas*.



—No son sino *tres*, muchacha; á peso por América. Que es muy barato, que aquí hay agente, y si el señorito quiere leer, que se suscriba.

—Que me emplumen si de esta casa dejo salir hoy ni la salvación.—Juana, cierre usted con picaporte y tranca.—Si esto es ya un saqueo!

—Niña, es que ahí está en el zaguán la mestiza de casa de doña Ladisláa. Entra, fantocha, que parece que tienes miedo. ¿A qué vienen esos desplantes?



—La señora Ladisláa es la que está un poco malita, y le manda á decir que si le puede hacer la bondad de emprestarle.....

—La qué?

—Pues..... la

—Si no te oigo, muchacha; acércate y dime sin ambages lo que quieres.

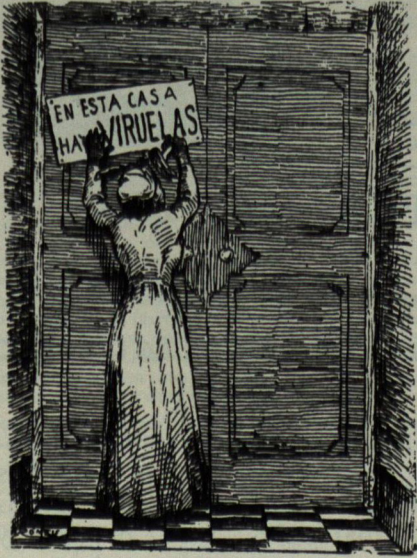
—Ya usted me entiende..... la

—Por el paño de la Verónica! Ya esto es demasiado. Dile, hija, á la señora Ladisláa, que lo sentiré mucho si revienta, pero que esas cosas no se emprestán sino en las novelas de Paul de Kok.



—Juana! Vaya usted al despacho de mi marido, saque aquel cartón colorado que dice

En esta casa hay Viruelas



y cuélguelo ahora mismo del lado afuera de la puerta.

N. BOLET PERAZA.

(De Las Tres Américas.)

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Cuando termino la lectura de alguna producción literaria, sin que ella me haya hecho llorar ó reír, aunque no hayan brotado lágrimas de los ojos ni los labios se hayan movido, digo que no me gusta por más que me haya parecido bueno el estilo, correcta la dición y hasta propios los pensamientos, etc., etc. Quiero decir que ni la forma, ni el fondo mismo, si en este no hay algo poderoso á conmovirme de tal manera que al solo recuerdo, después, de la impresión recibida, vuelva á sentir la misma conmoción, son para mí cualidades constitutivas de la excelencia de una obra literaria, como que nada puede haber bueno en literatura si en ello falta el arte; y no hay obra de arte cuando ella no es la expresión de sentimientos poderosos á reproducirse con igual fuerza que en el alma del autor en la de toda persona apta para comprender la obra. Así, declaro que el libro que más me ha gustado de cuantos he leído es *Corazón* de Edmundo de Amicis: tuve que imponerme la obligación de no leer de ese libro más de cuatro ó cinco páginas por día, porque entra en la higiene del espíritu no fatigarlo con repetidas emociones.

Allá se las partan los que para convenir ó nó en la excelencia de una obra literaria tienen que hacer de ella un prolijo examen; y á guisa de pescadores de caña se están las horas muertas para coger ahora un erroncillo de sintaxis y luego un peca-dillo contra la prosodia. La miopía será exceso de vista; pero el hecho es que los miopes no ven sin espejuelos. Así, la acusación en la crítica será efecto del mucho saber; pero sería bueno que los sabios de esta especie le pusieran espejuelos al criterio literario para que viesen con claridad.

Observo que estoy subiéndome á mayores y alejándome del punto de partida, el cual es mi peculiaridad de no gustarme las obras artísticas en general que no me produzcan alguna fuerte emoción, pues se me antoja

baladí é inadecuado al objeto del arte todo asunto que no tenga por principal resorte el sentimiento. Y aquí quería volver para encontrarme con lo que me puso en vena de escribir estos renglones: *La faja azul*, de José Antonio Calcaño.

Ya le estimaba yo como á bueno entre los buenos poetas, hasta que publicó los *Arabescos de Eduino*. De entonces para acá y después que recientemente publicó *La faja azul* ya sé como he de leer las poesías de esta especie que él escriba: como leí á *Corazón*.

Temo haber provocado su enojo y que no me mande en lo sucesivo, como hasta ahora, sus producciones, por lo que le dije hace pocos días: «Si usted vuelve á hacerme llorar acabaremos por tener un disgusto.»

*

¿Qué nombre se les podrá poner á ciertos individuos, de los que tenemos muchos en Caracas, como mi amigo Jorge, tan entusiasta del arte lírico, del dramático, del acrobático y del tauromáquico?

He dicho mal: el entusiasmo de Jorge y de todos los demás Jorges que conozco no es tanto por el arte como por los artistas.

Llega una compañía de caballitos:

—Ola, Jorge, ¿qué hay?

—El sábado la primera función.

—¿La primera función de qué?

—Hombre, de qué ha de ser, de caballitos.

—Ah! ¿Tenemos circo?

—Y de primer orden. Vengo de almorzar con el que trabaja en las barras fijas: un hombre muy simpático y muy fino. (Después resulta que masca tabaco, escupe por el colmillo, sale en paños menores á los balcones del hotel, etc., etc.)

Pasan algunos días y vuelve usted á encontrar á Jorge:

—Jorge! Jorge! Escucha!

—No me detengas que voy de prisa.

—¿Pero qué ocurre?

—Que ando en busca del Dr. Vaamonde para que vea á Barroso que está enfermo.

—¿Y quién es Barroso?

—Chico! ¿En qué mundo vives? Barroso, hombre, el primer galán de la compañía dramática: un hombre sumamente fino, simpático, inteligente; pero no puedo detenerme porque el cólico de Barroso no da espera: figúrate que se comió en el desayuno catorce cambures *topochos* y está que revienta.....

—Sí, de puro fino.

—¿Qué cosas tienes! Corro á buscar al Dr. Vaamonde.

Trascurrida una semana se vuelve usted á encontrar con Jorge que sale de *La India* con dos individuos, tipos flamencos de la cabeza á los pies.

—Adiós, Jorge.

—Espera: voy á tener el gusto de presentarte estos amigos. El señor Benito Chiribitas, primer espada; y el señor Remigio Follados, capeador. El señor (Chiribitas) es el famoso torero "Langostino."

—Servidor de ustedes. Vaya, que ustedes lo pasen bien. Adiós Jorge.

Deja usted de ver á Jorge y el día menos pensado se tropieza con él al volver una esquina:

—Jorge de mis entrañas!

—*Mio caro!* ¿como estás?

—Así, así, ¿y tú?

—*Bene mille grazie.*

—Vaya, hombre, me alegro. ¿Qué te habías hecho? No te veo por ninguna parte.

—*È stranno assai!*

—Y parece que has olvidado el castellano.

—Es que hace tres días que casi no oigo hablar otra cosa que italiano: desde que llegó la compañía lírica. Se estrena el sábado

si Samieri se mejora: ha llegado con un constipado feroz. La Marcinielli no está muy bien; pero de aquí al sábado lo estará. ¡Que mujer, querido! ¡Espléndida! Muy honrada, eso sí. Viene con su madre y un primo que la acompaña á todas partes. ¿Y dónde me dejas á Marfucci, el bajo? ¡Me ha hecho reír.....! Es graciosísimo. Si conocieras á la Neganti Cretini, soprano ligero, la señora de Cretini, sastre de la empresa, ¡que mujer! Si quieres ver á Cabroni, el barítono, vente conmigo, me está esperando ahora para que le acompañe á comprar unos zapatos.

—No, gracias, voy de prisa y.....

—Entonces, *ti lascio. A rivederci.*

*

Otra calamidad se nos ha venido encima desde hace algunos días: los disfraces.

De noche no se oye otra cosa en la calle que voces guturales, queidos lastimeros y la cargante preguntita: ¿á que no me conoce?

Y lo peor es que hasta las personas mas serias y quitadas de ruidos están dando en la manía de disfrazarse y salir á *enchichonar* al más pintado.

No se gana para sustos.

Y si nó, que lo diga Don Blas, á quien le hicieron pasar en una de estas noches anteriores un sofocón como hay pocos.

Figúrense ustedes que se presenta en casa de Don Blas un individuo de aspecto sospechoso, nariz rubicunda, bigotes borrascosos, antiparras negras y muy grandes; y que solicita hablar á solas con Don Blas.

Este le hace pasar á su despacho, donde tiene efecto la siguiente escena.

—Dispense usted, señor Don Blas, que le moleste á estas horas; pero el asunto que aquí me trae no admite dilación. (Pausa).

—Bueno, escucho á usted.

—Pues ha de saber usted que yo estoy comprometido en lo de Ferrenquín, y, como me buscan las autoridades, vengo á que usted me dé asilo en su casa.

—Pero, señor mío, yo no sé quien es usted; y además.....

—No importa: soy un hombre perseguido y la hidalguía de usted no le permite ponerme en la puerta.

—Pero es que.....

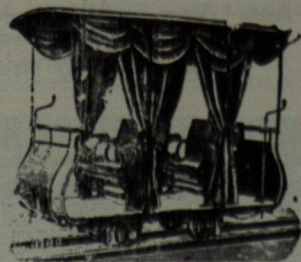
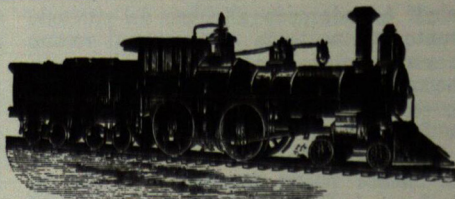
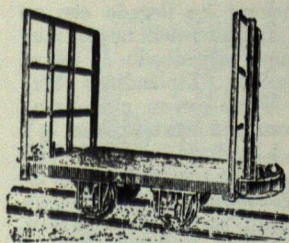
—Nada: ya usted debe comprender que cuando me buscan por lo que usted sabe, es porque soy hombre resuelto á todo. Ya puede usted ir ordenando que se me arregle la habitación. Recomiende usted que me pongan en la cama una buena manta, porque hace frío. No traje cigarrillos: usted me hará poner dos ó tres cajetillas sobre el velador. Tomo café tinto á las cinco de la mañana y á las siete chocolate en leche con pan y mantequilla, unas tajadas de jamón, un par de huevos tibios y una copita de Jerez. Luego, mientras leo los periódicos, fumo un puro que usted tendrá el cuidado de hacer dejar también por la noche sobre el velador. Del resto de mis costumbres ya se impondrá usted por la mañana. Ahora deseo acostarme. Conque sírvase usted dar sus órdenes.

—No tengo órdenes que dar. Se engaña usted si cree que voy á consentir en semejante cosa. Retírese usted.

—Si usted lo toma por ese lado, lo siento mucho.

Y diciendo esto el desconocido sacó del cinto un puñal, que, visto por Don Blas hizo que éste se echase fuera del cuarto gritando: «socorro» «al asesino.»

Cuando acompañado volvió Don Blas al despacho se encontró á su amigo Don Rudecindo, muerto de risa; y sobre la mesa las antiparras, los bigotes y el puñal que era de cartón forrado en papel de plomo.



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

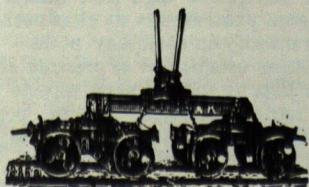
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALAS DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.

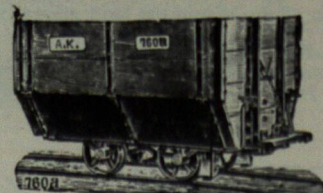


Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14—(Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto, J. Hanser & Ca.

NUESTROS GRABADOS

Señor Don Nicomedes Zuloaga

A la estirpe de los antiguos patricios, recomendables por su virtud y su saber, perteneció el señor Zuloaga. Ocupó puesto prominente en nuestra política y ha dejado herederos de su nombre que se han distinguido en el periodismo y en el foro, en el comercio y en las relaciones sociales, por la entereza de carácter unida á una exquisita urbanidad.

Acompañan el retrato unos rasgos biográficos escritos especialmente para este número por el señor Don Eduardo Espelozín.

Dr. Fernando de la Ville

A los 76 años de edad pagó su tributo á la muerte el Dr. Fernando de la Ville.

El asombro, la consternación que produjo el

fallecimiento revelan hasta qué punto eran extensas las relaciones de que se había hecho el finado en el tiempo de su residencia entre nosotros.

Y se explica esa medida del sentimiento público. Médico homeópata, casi el único por lo solicitado y consultado, el Dr. de la Ville no daba sólo el alivio de las dolencias sino el del uso de los agentes terapéuticos.

No es de este lugar inquirir el misterio—podiera decirse—de la medicación homeopática. Por qué esta dosis, infinitesimal en relación de aquella, cura lo mismo ó con más seguridad que otra más alta. Qué influjo revolucionario en el paciente ayudando la acción del medicamento. Cuál papel desempeña en ese método la higiene. A qué sugestión ó simpatía son debidos los auxilios en resurrecciones admirables. Síntesis ó simplificación de la ciencia, la homeopatía presenta un lado amable en sus recursos y otro moralizador en sus preceptos: la abolición de los brebajes, intolerables á ciertos estómagos, y la abstención de todo exceso de los generalizados por la vida

social moderna. Si ese sistema llegara á hacerse universal, la humanidad sería más feliz, temería menos al dolor, y en todo caso ganaría probablemente con la regularización de sus costumbres verificada á poder del hábito.

Preguntad entre nosotros á las infinitas familias que se medicaban con el Dr. de la Ville á qué médicos preferirán en lo futuro y de seguro que os responden que á los que receten por su sistema. Por eso es grande el vacío que ha dejado con su muerte. No ha sido un médico de inmensa clientela el desaparecido, un farmacólogo barato para las clases proletarias, sino el divulgador y más caracterizado representante de un método curativo distinto al de la secular alopatía.

Estudio—(Dibujo de Ruiz)

Y cómo no ha de haber inspiración en el artista, cuando la hay, y sobra, para el personaje de su cuadro?

Corre fácil el lápiz, esparce más vívidos colores el pincel al recuerdo siquiera de esos me-

dios espontáneos en que se desarrollan sin esfuerzo las creaciones de la mente. Por tódo la conva de los cielos; por espacio el infinito de la selva; por testigo la conciencia; por compañeros la soledad y el propio sér. Reconcentración de la vida, aromada con la fragancia de efluvios vírgenes, dá de sí cuanto de lozano y bello acopiar puede el soñador.

El dibujo que hoy ofrecemos es otro testimonio que se agrega á los de delicadeza en la elección y competencia en la ejecución que caracterizan á nuestro joven compatriota el pintor Ruiz.

Vista del Edificio de Venezuela en la Exposición Colombina de Chicago

La vista representa la fachada Norte del edificio, igual en todos los pormenores á la del Sur, con la única diferencia de que en ella no aparecen de frente las estatuas de Colón y de Bolívar sobre los techos de los dos cuerpos laterales. Hubo dificultades insuperables en obtener una buena fotografía de la fachada Sur, que por cierto fué la principal, á causa de un grupo de arboles enfrente de ella, y por eso se sacó la del lado opuesto, que da una idea muy perfecta del estilo y de la exornación de nuestro Pabellón.

Templo de la Candelaria y estatua de Monagas en la Plaza de aquel nombre

Casi al fin de la principal y más concurrida avenida de Caracas se encuentra esta hermosa plaza, exornada de algunos años á esta parte con la estatua del libertador de los esclavos.

El templo es de grandiosa fachada, con tres naves espaciosas, y será un edificio al igual de los mejores de la ciudad destinados al culto, el día en que se emprendan con vigor su decoración interior y la conclusión de sus obras exteriores.

Popular entre las más populares es la Plaza de Candelaria. La proximidad de la iglesia, las frecuentes festividades que en ella se celebran y la densidad de la parroquia la mantienen casi constantemente ocupado por transeúntes. Especialmente los domingos y los días de Mayo y Noviembre dá gusto presenciar el desfile de los preciosos ramilletes de devotas que acuden á la casa de Dios á renovar las promesas de su fe. Agréguese á esto que no hay *meeting* ó manifestación de carácter político que crea posible prescindir de hacer una estación en la plaza y de dirigirse al patriotismo de los ciudadanos por la boca de sus tribunos; que en las fiestas del carnaval es aquel el lugar escogido para los que quieren divertirse, y se tendrá una idea de los diferentes motivos, sentimientos y pasiones que han ido asegurándole nombrada á la Plaza de Candelaria.

Junta de Aclimatación y perfeccionamiento industrial

Proyecto de un edificio para exposición permanente de industrias y agricultura que está en estudio para ser sometido á la aprobación del señor Gral. Joaquín Crespo, Presidente de la República, creador de aquella Junta.

El edificio estará situado en el ángulo N. O. formado por las calles Este 1 y Norte 7, de forma rectangular con 55 metros de frente por 28 de fondo.

La fachada principal, que mirará hacia el Sur, dará á la calle Este 1 y consta como se ve de un cuerpo central con piso alto, y dos alas que terminan en dos pabellones cubiertos con sendas cúpulas. Se han empleado en la parte baja las proporciones del orden jónico y las del corintio en el piso alto coronando el frontis con figuras escultóricas alegóricas al uso á que se dedica la construcción.

La distribución de la planta es la siguiente: las puertas principales dan acceso á un vestíbulo en seguida del cual se encuentra un cobertizo central de 18 metros de ancho, por 18 de fondo, situado en el sentido del eje del edificio entre dos patios de 12 x 14 metros, con tres corredores adyacentes, de cinco metros de ancho cada patio. El cobertizo y cuatro de los corredores se destinarán á la exposición de máquinas y productos industriales y agrícolas, graneros etc. Los dos corredores del Norte á caballerizas y establos.

En el fondo, y á lo largo de todo el edificio, se ha dejado una faja de terreno descubierto que servirá de aprisco, pocilga, etc., etc.

En el piso alto, que solo está sobre el vestíbulo, irán las oficinas de la Junta Central.

El edificio tendrá una puerta-cochera que dará á la calle Norte 7, para la entrada y salida de ganados, pastos, carros, estiércol, etc., etc.

Fuera de la planta del edificio y contiguo á él, sobre la calle Este 1, estará la casa del veterinario y un corral destinado á la generación y cruzamiento de las diversas razas de ganado.

Biblioteca Nacional.

Decían visiblemente el propósito y los fines de esta institución, enclaustrada como se hallaba en un salón de la Universidad Central.



Colección de tipos populares de Caracas: EL MOCHO DE LOS TEATROS

Accesible ahora al público lector de ambos sexos, dotada con el mobiliario indispensable, regentada con inteligencia en departamentos separados para cada clase de estudios, la reforma tanto tiempo deseada, comienza á dar sus frutos.

La casa que actualmente ocupa la Biblioteca es la que construyó el Presidente Andueza para que le sirviera de residencia. Inútil nos parece agregar que más que casa es un palacio soberbiamente distribuido, con mucha luz, bien ventilado, y que en él está la Biblioteca como si para instalarla lo hubieran construido.

"Colegio del Libertador"

En la ciudad de Barquisimeto existe un Instituto de enseñanza, regentado por el ilustrado y virtuoso joven Francisco Jiménez Arraiz. Cuenta numerosos alumnos, y en él se enseñan á perfección todas las materias de la instrucción primaria, y muchas de la secundaria. El régimen del Establecimiento es de lo más conveniente al adelanto, educación y salud de los discípulos, y los métodos de enseñanza, los más adelantados que se conocen.

En el bosque de Macuto, al Sur de la ciudad, y á orillas del río Turbio, surge un arroyo de aguas abundantes donde los niños se bañan, y el cuadro que en este número se publica es una simpática escena de recreo, en la que figuran los directores y alumnos del plantel en tan delicioso bosque.

Ese Colegio fué inaugurado solemnemente el 28 de Octubre de 1892, y en aquel acto leyó el Doctor Luis M. Castillo el Paralelo de Colón y Bolívar, que se verá en la página 47.

Las estrellas del arte de la tauromaquia

Que sean estrellas no puede asegurarse á punto fijo; que han debido ver muchas, eso sí, porque no hay uno que no haya recibido una *cogida*, y es de suponerse lo que verían, artistas y todo, prendidos de las astas del toro.

Rezago de otras épocas, la tauromaquia está pre-

gonando á gritos, en pleno siglo de las luces, la barbarie de nuestras anteriores costumbres, la resistencia que estas oponen á la acción suavizadora del progreso.

Se explica el heroísmo-suicidio á veces, realzado á sangre fría por una causa buena y justa; se justifica el arrojo personal si la idea de la conservación lo despierta, ¿pero á qué sirve, cuál propaganda funda el duelo del hombre con la bestia, la razón soberana, no siempre afortunada ni triunfante, en pugna con la salvaje fuerza del acaso? Y sin embargo, métase á filosofar el que juzgue estas cosas; se le verá en la tarde del domingo inmediato, pálido y conmovido, siguiendo las peripecias de la lidia, para reflexionar más luego con la almohada haciendo propósitos de enmienda, de no volver jamás á la corrida.

Colección de tipos populares de Caracas. "El mocho de los teatros."

Caballero en un magnífico caballo de buena alzada, con la cara como unas pascuas, y un continente que lo habría deseado César, si César hubiera sido "mocho," vió Caracas el 18 del mes pasado á un favorecido de la fortuna. Precedíanlo en su paseo semitriunfal dos distribuidores de cartelones, cuatro músicos tamborileros, y le seguían hasta media docena de animales llevados del ronزال por muchachos mandaderos.

Este dichoso caballero, tan pagado de importancia sobre su cabalgadura, tenía razones para estarlo. ¡Como que Mr. Gardner, el empresario del Circo equestre que dá su última función todas las semanas, le había dedicado un beneficio! *El mocho del teatro* explicaba modestamente en los carteles ese singular acontecimiento, atribuyéndolo á la propaganda incesante que él hacía en favor del circo. No quita esto el mérito de la estupenda retribución, ni disminuye sino agranda la personalidad de don Luis Felipe Velásquez y Riso, que es el nombre de pila y demás títulos del personaje beneficiado.

EPILEPSIA
HISTÉRICO
CONVULSIONES
ENFERMEDADES
NERVIOSAS

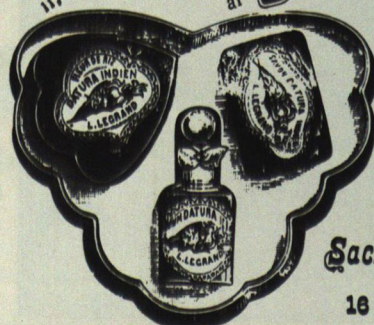


¡Curacion frecuente!
¡Alivio siempre!
CON EL USO DE LA
SOLUCION ANTI-NERVIOSA
DE
Laroyenne
—+—
VENTA POR MAYOR
PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos
DATURA
INDIEN



Esencia. **DATURA INDIEN**
Polvo de Arroz. **DATURA INDIEN**
Jabon. **DATURA INDIEN**
Agua de Tocador **DATURA INDIEN**
Aceite. **DATURA INDIEN**

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

VERDADERAS PÍLDORAS del Dr BLAUD

Están empleadas con el mayor éxito desde mas de 50 años por la mayor parte de los Médicos Franceses y extranjeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores pálidos)**, y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes**.

El hecho de estar estas Píldoras insertadas en el nuevo **Codex Francés**, y su eficacia reconocida por el **Consejo de Higienos del Brasil**, y su venta autorizada, nos dispensa de todo elogio.

Exíjase al nombre del inventor grabado sobre cada Píldora como mas abajo.

DESCONFIÉSE DE LAS IMITACIONES

NOTA. — Las Verdaderas Píldoras del Dr. Blaud no se venden nada mas que en frascos y medios frascos de 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8, RUE PAYENNE. — DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

BLAUD

Aceite de Hígado de Bacalao
DEL
DOCTOR DUCOUX
Iodo-Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga



Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCROFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,

al **ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO** del Dr. DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene esta preparacion ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace sumamente **tónica y fortificante.**

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS
Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES

Consulado de los Estados Unidos de Venezuela en
Barcelona.—Barcelona: 12 de diciembre de 1893.

Señor Director:

Bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, celebrará en Abril próximo la segunda Exposición General de Bellas Artes esta ciudad, y deseando aquella Corporación que en ella tomen parte los artistas venezolanos, me ruega en atento oficio haga conocer en Venezuela el Reglamento del susodicho Certamen.

Tratándose de un asunto de interés general para la patria, tengo la seguridad de que la prensa de Venezuela lo acogerá con entusiasmo; y como de ella es órgano muy importante su ilustrado diario, á usted acudo, rogándole preste su valioso concurso á esta levantada idea dando á conocer en sus columnas el expresado Reglamento, para que nuestros aventajados artistas sepan que se les abre un nuevo palenque en donde recojer laureles para su sienes y gloria y esplendor para la patria.

En paquete aparte le remito un ejemplar del Reglamento, rogándole el envío de los números de su periódico en que se publique.

Aprovecha esta oportunidad para ofrecer á usted los sentimientos de su distinguida consideración Soy de usted atento S. S.

TOMÁS HERNÁNDEZ.

Señor Director de El Cojo ILUSTRADO.—CATACAS.

REGLAMENTO DE LA

SEGUNDA EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES

Art. 1º Por iniciativa y bajo los auspicios y dirección del Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Barcelona, se celebrará en esta ciudad la segunda Exposición General de Bellas Artes, la cual se abrirá el día 23 de Abril del próximo año 1894, y se cerrará el día 29 de junio del propio año.

Art. 2º La Junta técnica de los Museos de Bellas Artes, Industrias Artísticas y Reproducciones, constituirá, en virtud de lo consignado en el artículo 10 del Reglamento especial aprobado por el Excmo. Ayuntamiento, la Comisión organizadora de la segunda Exposición General de Bellas Artes, cuya presidencia asumirá el excelentísimo señor Alcalde, formando parte, además de dicha Comisión, los Ilustres señores Concejales que constituyen la Comisión especial permanente de Bibliotecas, Museos y Exposiciones artísticas.

Art. 3º Los gastos é ingresos de la Exposición correrán á cargo del Excmo. Ayuntamiento, quien destinará la cantidad de cincuenta mil pesetas, pagaderas en moneda española, á la adquisición de obras premiadas en la misma.

Art. 4º Serán admitidas en esta Exposición, previo examen del Jurado correspondiente, las obras que no habiendo figurado en la anterior, ni sido expuestas públicamente en esta ciudad, estén comprendidas en la clasificación siguiente:

GRUPO PRIMERO

- Sección 1ª—*Pinturas en sus diversas clases.*
Id. 2ª—*Dibujo* id. id.
Id. 3ª—*Grabados en todos sus procedimientos.*
Id. 4ª—*Modelos de Escenografía.*

GRUPO SEGUNDO

Escultura en sus diversas clases y procedimientos.

GRUPO TERCERO

Arquitectura en todas sus manifestaciones artísticas.

Art. 5º Las obras que se remitan á la Exposición, pertenecientes al grupo primero, deberán estar provistas de sus correspondientes marcos, en lo posible, de forma rectangular; las del grupo segundo se presentarán acompañadas del sustentáculo ó pedestal correspondiente; y las del tercero, protegidas por marcos ó adheridas á bastidores, pudiendo el Jurado desear aquellas que manifestamente, y á su juicio, desdigan del buen aspecto de la Exposición.

Art. 6º Cada artista no podrá presentar más de cuatro obras por cada Sección; pudiéndose aceptar mayor número, á juicio del Jurado, cuando la naturaleza del asunto lo exija y las condiciones del local lo permitan.

Las obras pertenecientes á particulares no podrán ser admitidas sin autorización escrita del autor, que será considerado como expositor.

Tampoco serán admitidas las obras de autores fallecidos antes de la Exposición anterior, celebrada en 1891.

Art. 7º El plazo fijo para la recepción de las obras será desde el 26 de Marzo hasta el 5 de Abril inclusive, á las seis de la tarde.

Las obras deberán ser presentadas en el Palacio de Bellas Artes, por el expositor ó su representante debidamente autorizado con una nota que

determine el nombre y apellidos del expositor, premios obtenidos en otras Exposiciones, lugar y fecha de su nacimiento, nacionalidad, número y género de las obras que remite, asunto para el Catálogo, precio en pesetas (si desea la venta), dimensiones en metros, residencia, fecha y firma.

Art. 8.º El Jurado de admisión examinará las obras que se presenten y rehusará las que por cualquiera de sus condiciones considere que no deben figurar en la Exposición. Sus acuerdos, en este particular, serán inmediatamente ejecutivos, notificándose desde luego á los interesados, quienes deberán retirar las obras dentro de los tres días siguientes á su notificación, pasado cuyo plazo declina toda responsabilidad por la vigilancia y conservación de las mismas.

Art. 9.º Los gastos de transporte de ida y vuelta correrán á cargo del expositor, exceptuándose las obras de aquellos artistas nacionales y extranjeros que hayan obtenido primeros premios en Exposiciones Nacionales ó Universales, tanto de España como de fuera de ella, que serán satisfechos por el Ayuntamiento.

Los artistas que se hallen en tales condiciones y deseen gozar de la franquicia expresada, deberán avisar anticipadamente el envío de sus obras á la Secretaría de la Exposición (Palacio de Bellas Artes), y consignarlas al Excmo. señor Alcalde, Presidente de la Exposición, entregándolas convenientemente embaladas al agente que se designará en la localidad respectiva.

Art. 10. Nueve individuos de la Comisión organizadora y nueve artistas elegidos por los expositores á quienes les haya sido admitida alguna obra en la Exposición anterior ó en Exposiciones Nacionales ó del extranjero, constituirán, bajo la presidencia del Excmo. señor Alcalde, el Jurado de admisión, clasificación y colocación de las obras, actuando en concepto de Secretario el de la Comisión organizadora.

Los expositores que se hallen en condiciones oportunas para tomar parte en la votación de Jurados, al presentar sus obras deberán entregar bajo sobre cerrado, firmado y sellado, su candidatura de tres individuos por el grupo á que pertenezcan sus obras, cuyo pliego se abrirá públicamente el día siguiente al del último de admisión.

Art. 11. La conservación y vigilancia de las obras expuestas correrán á cargo del Excmo. Ayuntamiento, declinando éste toda responsabilidad para el caso de que por fuerza mayor ó accidentes imprevistos sufran algún percance las obras que le sean confiadas.

Art. 12. Las recompensas serán acordadas por un Jurado, elegido, en cuanto al mayor número de sus vocales y con arreglo á lo que determina el artículo siguiente, por sufragio directo y votación secreta de los expositores, cuyo acto tendrá lugar ante la Comisión organizadora dentro de los diez días después de inaugurada la Exposición, procediéndose á su constitución después de otros cinco.

Los expositores votarán personalmente ó por medio de sus representantes debidamente autorizados, á cuyo efecto deberán presentar estos últimos el correspondiente documento justificativo en la Secretaría de la Exposición, veinticuatro horas antes de verificarse la votación, para ser debidamente visto y sellado.

Art. 13. Los expositores elegirán tres individuos por cada una de las Secciones, quedando en concepto de suplentes para caso de dimisión ó de incomparecencia á la toma de posesión del cargo, los seis individuos, dos por cada grupo, que en el acto de la votación sigan en número de votos á los elegidos en cada Sección.

Formarán también parte del Jurado seis vocales de la Comisión organizadora, distribuidos entre los tres grupos expresados, y el Presidente y el Secretario de la misma, que lo serán del Jurado en pleno, el cual, así constituido se dividirá en los tres grupos de que ha de constar la Exposición.

Los individuos que siendo expositores formen parte del Jurado de Recompensas, se entenderá que no pueden optar á premio.

Art. 14. La propuesta de premios será presentada para su aprobación al Jurado en pleno, mediante dictamen formulado por cada uno de los tres grupos, siendo decisivo el fallo siempre que obtenga diez votos, por lo menos, de los individuos que compongan el Jurado.

La Presidencia de éste remitirá el fallo á la Comisión organizadora, y ésta lo elevará á la de Bibliotecas, Museos y Exposiciones Artísticas, la cual lo someterá al Excmo. Ayuntamiento.

Art. 15. El Jurado de Recompensas podrá conceder un PREMIO DE HONOR y veinticuatro DIPLOMAS, los cuales repartirá entre los tres grupos, según el número é importancia de las obras expuestas en cada Sección.

Además de la obra que obtenga el PREMIO DE HONOR, á la cual se asigna para su adquisición la cantidad de DIEZ MIL PESETAS, podrá el Jurado designar, de entre las demás obras distinguidas con DIPLOMA, doce, que serán adquiridas por el

Excmo. Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes.

La cantidad restante, ó sea la de CUARENTA MIL PESETAS, destinada á la adquisición de las doce obras expresadas, se distribuirá, á juicio del Jurado, entre las mismas, según sean sus condiciones; verificándose la compra de las obras á los tipos que se señalen, mediante la conformidad de sus autores.

El Diploma significativo del premio de honor, podrá concederle el Jurado á una de las obras de cualquiera de las Secciones, sea ó no enajenable.

Art. adicional. Figurará, además, en la Exposición, una Sección especial destinada á las reproducciones de las obras clásicas de Arquitectura, Escultura, Pintura y Artes suntuarias, á cuyos expositores el Jurado podrá otorgar los diplomas que considere de justicia.

El presente REGLAMENTO fué aprobado en Consistorio de 20 de Julio de 1893.

El Alcalde Constitucional Presidente,

MANUEL HENRICH Y GIRONA.

P. A. del Excmo. Ayuntamiento,

El Secretario,

AGUSTÍN AYMAR Y RUBÍO.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR

EMILIO RICHEBOURG

I

La historia que vamos á narrar—historia real por cierto—es la de un aldeano ruin y odioso, como hay muchos en Francia y en todas partes.

El hombre de quien nos disponemos á tratar se llamaba Mathurin Raclot, y fué sucesivamente nombrado por sus paisanos, Mathurin á secas, luego tío Mathurin, y, finalmente y con mucho énfasis, señor Raclot.

No hemos de decir á qué departamento pertenecía; tan sólo manifestaremos al lector, que el pueblo donde habitaba tenía por nombre Aubécourt.

Aubécourt es una hermosa aldea de ochocientos vecinos, sin otra buena casa que un velusto castillo, construido en el reinado de Francisco I. Al presente, después de haber sufrido el choque de nuestras guerras civiles, las injurias del tiempo, y tantos otros ultrajes, la vieja mansión feudal, decrepita, agrietada, bamboleándose de todas partes, no tardará en arruinarse por completo.

El pueblo de Aubécourt halláase situado á la orilla de un riachuelo que, auxiliado por numerosos arroyos y zanjias, riega muy feraces y vastas praderas. Agrúpanse las casas al pie del rancio castillo, que aun las domina con su altura, pareciendo recordar que los señores que en otro tiempo lo habitaban eran los dueños de la comarca.

El territorio de la aldea de Aubécourt es inmenso; el cultivo de cereales está en boga, y cada ribazo es un magnífico viñedo, lo cual equivale á decir que sus habitantes son, por lo general, labradores y viñadores. Algunos se dedican al comercio ó ejercen un oficio: hay, pues, como en todas partes, un lonjista, un expendedor de tabaco, un tabernero, un zapatero, un carretero, un plomero, un carpintero, etc. En Aubécourt, á semejanza de los demás pueblos, existen también los braceros, gentes que, no

teniendo nada propio, se ganan la vida trabajando donde se los solicita.

Realmente no se conocen los mendigos en Aubécourt, pues donde hay trabajo para todos, no existe la miseria.

En el pueblo, exceptuando al bracero que tiene numerosa familia y al imposibilitado, sólo sienten hambre los holgazanes.

Los labradores de Aubécourt son personas acomodadas casi todos; alguno de entre ellos hasta son ricos, como lo prueban los rebaños de carneros que salen de los apriscos, y los centenares de cabezas de ganado vacuno y caballar que pastan en las praderas.

Mathurin Raclot, hijo de un pobre jornalero, era á los veintiseis años mozo de labranza, ó, lo que es igual, criado de la casa de un rico cortijero del país, y parecía destinado á no salir, durante toda su vida, de tan humilde condición.

Poseía suficiente inteligencia, no andaba mal de

MEDALLAS DE ORO
en las Exposiciones Universales de
Paris 1878-1889
Bordeos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1889

PRUNES D'ENTE
Ciruelas Ingertas

J. FAU
Bordeos (Francia)

Se desea pasarlo bien sirva comer cada día
Ciruelas de iciosas J. FAU

INJECTION
CADET
CURA
CIERTO Y INFALIBLE
EN TRES DIAS
Ph^{ia}. B^d. Denain 7
PARIS

VENTAS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

EDICION INTERNACIONAL
Del **RETRATO** de **S. S. LEON XIII**
Por **CHARTRAN**

Este celebre retrato, es
EL ÚNICO AUTÉNTICO
El único para el cual S. S. haya servido de modelo.
El Papa viene representado SENTADO, con su
vestido de recepcion.

ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA
EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA
REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO
y ha compuesto dos **versos latinos** que van reproducidos **aptografos**, sobre to as las reproducciones:
Grabado con ácido — Cromogrado — Grabado en dulce
Cromolitografía — Fotocromia — Fototipia — Cromotipografía — Litografía de color

figura y sabía leer, escribir y contar. Alto y robusto, animoso, de una salud perfecta, no rehula el trabajo; poseía además otra cualidad muy rara entre la gente joven: la de ser económico. Era fino, diestro y astuto como el más marrullero de los aldeanos viejos, por lo cual decían las gentes:

—«Dejad obrar á Mathurin; es un perillán.»

Ganaba doscientos cuarenta francos anuales, ó sea veinte al mes, y gastaba lo menos posible. Amontonaba las piezas de cinco francos unas sobre otras, y ocultaba la hucha por instinto ó miedo á los ladrones. Era absolutamente preciso que no tuviese ya con qué cubrirse las carnes, ó que sus agujereados borceguiles perdieran las suelas, para que se decidiese á comprar algo de imperiosa necesidad.

Mientras que los jóvenes de su edad gastaban buena parte de sus ganancias en frecuentar tabernas ó asistir á las fiestas de los pueblos inmediatos, Mathurin ahorra *á más y mejor*. No formaba parte de jira alguna, ni frecuentaba diversiones, ni siquiera había puesto los pies, por casualidad, en un baile. No gustaba tampoco de la compañía de los demás, y esto, no porque los menospreciase, sino porque habíase visto precisado alguna vez á desatar los cordones de su bolsa.

Las personas sencillas que no conocían las ideas ni los sentimientos de Mathurin, lo elogiaban diciendo que era un muchacho excepcional, y presentábanlo como modelo de prudencia y saber.

El domingo y los días feriados pasaba Mathurin sus horas de libertad en las cuadradas, entre los animales que cuidaba; ó bien, encerrado en su habitación, entretenía el tiempo contando y recontando su tesoro.

El muchacho, económico en un principio, tornóse luego interesado, y á medida que la hucha engrosaba, el germen de la avaricia crecía en el alma de Mathurin.

A las veces, veíasele inmóvil, los brazos cruzados sobre el pecho, meditabundo, los ojos fijos en los ribazos cubiertos de pámpanos verdes, en los cercados de las praderas ó en los dorados trigos que cubrían la llanura. En esos instantes, ¿qué pensaba? ¿Cuál era el objeto de su meditación?

Entonces sentía la ambición laudable y legítima de poseer algunas parcelas de tierra, á fin de poder trabajar un poco para sí propio, sin dejar de trabajar para los demás.

Como todos los aldeanos, Mathurin Raclot amaba el terruño y profesaba cariño al dinero.

Por instinto, tornóse usurero. Acaso ignoraba que la honradez, de acuerdo con la ley, prohíbe el préstamo usurario; pero es el caso que, en cualquiera circunstancia, practicaba la usura sin el menor escrúpulo, pareciéndole cosa completamente natural.

Conocíanse sus economías, y á menudo acontecía que algunas personas necesitadas le pedían dinero.

Hé aquí lo que sucedía entonces:

—«¿Qué cantidad necesita usted? preguntaba.

—«Cincuenta francos.»

—«¿Para cuándo podrá usted devolvérmelos?»

—«Dentro de seis meses, cuando haya hecho tal ó cual venta.»

—«Está bien, voy á prestarle á usted los cincuenta francos que necesita, y usted me hará un recibo de sesenta.»

Olvidábasenos decir que el interés era el mismo para cualquiera suma prestada.

Mathurin Raclot sabía bien con quién negociaba. Cuando se hallaba en presencia de alguien cuya solvabilidad era dudosa, ó que hubiese podido hallar exorbitantes sus exigencias, respondíale lisa y llanamente que no tenía dinero que prestar.

Había comenzado el odioso oficio de usurero con algunos jóvenes derrochadores, que venían de vez en cuando á pedirle diez francos, y algunas veces cinco; los cuales jóvenes le entregaban al cabo de dos ó tres meses (era cosa convenida) doce francos por diez, y seis por cinco.

No le costó trabajo á Mathurin el comprender que sus *operacioncillas* daban excelentes resultados, y se deleitaba en continuarlas.

Hablase dirigido á sí propio este razonamiento, que le parecía perfectamente justo.

—«Con el dinero se compra tierra; trabajando la tierra se le hace producir todo lo posible. Ahora bien, pues que con el dinero se compra tierra, es preciso hacer que el dinero produzca, como ella, todo lo posible.»

Según se ve, Mathurin Raclot, sin ser un hacendista, conocía el poder del capital y también algunas maneras de ponerlo en explotación.

Pero era ante todo aldeano, aldeano de pies á cabeza, y, ya lo hemos dicho, amaba la tierra.

Habiéndose presentado ocasión propicia, adquirió de un golpe tres buenas parcelas de terreno cultivado y una extensión de prado, suficiente para alimentar una vaca.

Tenía treinta años cuando pensó en casarse, para lo cual fijóse en Celina Noiret, moza empleada en el cortijo durante las épocas de recolección.

Era una muchacha de excelente carácter, dulce, amable, de una conducta sin tacha y poseedora, ya que no de belleza, al menos de lo que se llama un *buen palmito*.

Tenía veinticinco años, y muchos deseos de casarse.

Aceptó la proposición que le hizo Mathurin, primero, porque no lo hallaba desagradable, aunque le parecía algo cazarro, y después, porque todo el mundo hablaba bien del mozo de labranza y la inclinaba á no cometer la torpeza de rechazarlo.

De otra parte, ella era pobre y Mathurin poseía ya algunas tierras.

Con un marido trabajador y arreglado como Mathurin, estaba seguro de no carecer de nada.

En Aubécourt y en los pueblos comarcanos había muchas casaderas, no del todo pobres, que hubiesen aceptado seguramente al mozo de labranza; sabía lo él, y, sin embargo, decidióse por Celina Noiret.

¿Hízolo enamorado? No por cierto. Este hombre, cuyo corazón estaba seco, no podía amar á nadie. Se había decidido á unirse á Celina por cálculo.

La muchacha era huérfana de padre y madre; habitaba en el pueblo de Ligoux, á una legua de Aubécourt, en casa de una anciana tía suya por parte de padre. Por la de su madre, tenía otra tía y un tío, que habían salido del país hacía treinta años. Sabíase que estaban en París; pero se ignoraba completamente lo que allí hacían, pues no habían vuelto á Ligoux, ni daban jamás noticia de sus personas. De muchos años á entonces no se volvió á oír hablar de Julio Bertrand y de su hermana María. Habiendo ésta salido para colocarse como sirvienta, debía permanecer aún en alguna casa acomodada.

Sin embargo, nuestros lectores van á saber lo que se ignoraba en Aubécourt y en Ligoux.

Julio Bertrand había llegado á París á la edad de diez y ocho años y colocóse en casa de un fundidor de cobre. Consagróse con afán á este oficio, llegando á ser un buen obrero, que ganaba ocho y diez francos diarios, lo cual no era mucho para mantener á sus seis hijos, porque es de advertir que se había casado. Pero, en fin, á fuerza de privaciones iban saliendo adelante, como suele decirse.

Más dulce y agradable fué la vida para María Bertrand. Después de haber servido durante diez años, y economizado cuatro mil francos, se casó con un muchacho, comerciante en vinos, que también tenía algunos miles ahorrados.

Alquilara una tienda en el barrio de Halles, en la esquina de una calle, y pusieron comercio de vinos.

Los comienzos del negocio no dejaron de ser difíciles, y era preciso atenderlo muy de cerca para sacarle provecho. Reunióse poco á poco clientela, gracias á que Martín sabía cumplir bien y á que su mujer se daba gran maña para atraer y conservar á los parroquianos con afectuosas sonrisas.

Al cabo de algunos años marchaban ya los negocios viento en popa, y el establecimiento de vinos de Martín entró en una era de prosperidad.

Desde que Dios amanecía hasta bien entrada la noche, había constantemente bebedores delante del mostrador.

Amplióse el tráfico, sirviendo comidas encima de la tienda, en una sala, arreglada muy al caso con mesas de mármol. La cocina estaba desempeñada por la propia mujer de Martín.

En una pa abra: en la época que damos comienzo á nuestro relato, las personas que se hallaban al tanto de los negocios de este matrimonio, no vacilaban en atribuirle una fortuna de ciento cincuenta á doscientos mil francos.

Tres meses antes de que Mathurin Raclot deslizase al oído de Celina Noiret la palabra matrimonio, había ido á París, conduciendo unos buyes, salidos del cercado de su amo con destino al matadero.

Púsole la casualidad en relación con un carnicero de Halles, parroquiano de los más antiguos de la casa Martín, y, tomando café, no lejos del mercado de

ganados, Mathurin habló de Aubécourt y de Ligoux, donde había muchos ganaderos.

Acordóse de pronto el carnicero de que la mujer de Martín, María Bertrand, era de ese país, cuyos prados le alababan tanto. Dijo entonces á Mathurin, que conocía en París á una mujer nacida en Ligoux, y, á fuer de charlatán (que lo era bastante) no se olvidó de referirle al aldeano cuál era la situación económica de los esposos Martín, sin omitir la circunstancia de que no tenían hijos.

Mathurin tornó á Aubécourt, llevando en su cerebro un hervidero de ideas y combinaciones. Pensaba en María Bertrand, en la fortuna que ésta y su marido habían llegado á reunir, y también en Celina Noiret, heredera de su tía, en razón á que la tal parienta no tenía hijos.

Pronto tomó una resolución.

Casándose con Celina, llevaría á cabo un excelente negocio.

Según tenemos dicho, ignorábase en Ligoux y en Aubécourt que María Bertrand hubiese hecho fortuna, y Mathurin tuvo buen cuidado de no soltar prenda sobre las referencias hechas por el carnicero de Halles.

Fingió estar cansado de la vida de soltero, hizo cual si se prendase de Celina, y, cuando ésta hubo consentido en ser su mujer, redondeó el negocio del matrimonio.

Compró una casita que se vendía en Aubécourt, é hizo la amueblar con lo estrictamente indispensable.

Ocho días antes de la boda, cuando las publicaciones se habían hecho ya en la Iglesia y en la Alcaldía, no temiendo, por lo tanto, que se le escapase la presa, habló á Celina de su tía María; pero guardóse bien de notificarle que los esposos Martín eran á la sazón ricos. Dióle las señas de aquellos, y con las señas, el consejo de que escribiese á su parienta una cariñosísima carta invitándola á la boda.

Hízolo así la muchacha, y á vuelta de correo recibió la contestación.

La tía María daba las gracias á su sobrina por no haberla olvidado, aceptaba gustosa el convite, que la proporcionaba dichosisima ocasión de ver otra vez á Ligoux, é iba á comprar en seguida el regalo de boda, con el cual permitíase dejar muy contenta á la muchacha.

La antevíspera del solemne día, Mathurin se despidió inmediatamente del cortijero, en cuya casa había servido por espacio de ocho años, y, por lo tanto, tomó posesión de su nueva vivienda.

Entonces, paseando la mirada en torno de sí, exclamó con orgullosa satisfacción:

—«¡Al cabo ya no estoy en casa ajena, sino en la mía! ¡Ya no soy criado, sino propietario!»

Al día siguiente, llegó la tía de París. Vino por poco tiempo: tres días no más; pero fué objeto, de parte de su sobrino Mathurin, sobre todo, de tantas atenciones y cuidados, mostrósela tal afectión y tan sincera, que se quedó una semana cabal.

La excelente mujer no dejó de invitar á sus sobrinos á que fuesen á pasar una temporada en París, en seguida que pudieran hacerlo.

Mathurin se deshizo en cumplidos: tenía ser indiscreto, y desplegó tal comedimiento, que logró interesar á la Bertrand, la cual, de su parte, insistió, con el fin de obtener una promesa formal.

—«Iremos, querida tía, se lo prometo á usted, respondió Mathurin.»

El regalo hecho á la novia era preciosísimo, y, sin embargo, María estaba tan encantada de su sobrino, que en el instante de partir, deslizó en la mano de Celina un billete de mil francos.

Este nuevo regalo fué muy del aprecio de los recién casados, y Mathurin no desperdiciaba ocasión de manifestar á sus contreráneos que María Bertrand era la flor y nata de las mujeres.

Explicábase su entusiasmo.

En aquel entonces, ya no era un secreto para nadie, en Aubécourt ni en Ligoux, la fortuna de la tía de Celina.

—«Sí, decían las gentes, los Martín son ricos; poseen doscientos mil francos, y acaso más.»

—«Y no tienen hijos.»

—«Una herencia en perspectiva para Celina.»

—«A buen seguro que alcanzará gran tajada.»

—«No puede dudarse que Mathurin Raclot tiene una suerte loca!»

Continuará